

Mujeres rurales en hogares pluriactivos: una mirada sobre las productoras familiares y asalariadas rurales

Monografía final de grado

Lic. en Sociología

Valentina Da Fonte

Tutora: Rossana Vitelli

Montevideo, 25 de noviembre de 2020

Índice

I) Introducción.....	1
II) Justificación y antecedentes.....	1
III.a) Problema de investigación.....	7
III.b) Preguntas de investigación.....	7
IV) Objetivos.....	7
IV.a) Objetivo general.....	7
IV.b) Objetivos específicos.....	7
IV.c) Hipótesis.....	8
V) Marco teórico.....	8
V.a) Los productores familiares y la pluriactividad.....	8
V.b) Las mujeres rurales y la pluriactividad.....	12
VI) Estrategia metodológica.....	17
VI.a) Diseño metodológico.....	17
VI.b) Técnicas de investigación.....	18
VII) Análisis de la información.....	18
1) Introducción a las nuevas visiones sobre la ruralidad.....	18
1.1) Cambios en el medio rural: avances tecnológicos, comunicación, oportunidades de empleo y estudio.....	19
1.2) Aspectos positivos y negativos de vivir en el medio rural.....	22

2) Producción familiar.....	24
2.1) Características y roles de las mujeres en la unidad productiva.....	24
3) Pluriactividad: características del empleo asalariado.....	25
3.1) Contraste de visiones sobre la producción y el trabajo asalariado.....	26
4) División sexual del trabajo.....	27
4.1) Distribución de las tareas en el trabajo asalariado y la producción.....	27
4.2) Distribución de tareas domésticas.....	31
5) Percepciones valorativas y autonomía.....	33
5.1) Actividades de ocio y amistades.....	34
5.2) Pertenencia a colectivos y organizaciones.....	36
5.3) Valoración del empleo asalariado y la producción.....	38
5.4) Percepción sobre la situación de la mujer rural.....	39
VIII) Algunas reflexiones a partir de la información obtenida.....	41
VIII.a) El medio rural y sus cambios.....	42
VIII.b) División sexual del trabajo en la producción familiar.....	42
VIII.c) División sexual del trabajo en el mercado laboral y en los hogares.....	43
VIII.d) Motivaciones para trabajar en la producción familiar o ingresar al mercado laboral.....	44
VIII.e) Gestión del tiempo y rutinas.....	46
VIII.f) Participación en la toma de decisiones y autonomía social.....	46

IX) Síntesis del análisis.....	48
X) Conclusiones.....	48
Referencias bibliográficas.....	54
Anexos.....	57

I) Introducción

La presente monografía se basó en el trabajo de investigación realizado en el Taller Central de Investigación de la Licenciatura en Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales: “Sociología Rural y Territorio”, dirigido al estudio de las problemáticas vinculadas al medio rural y sus actores.

Se buscó aproximarse a las temáticas referidas a la pluriactividad como un fenómeno relativamente nuevo en el medio rural, haciendo especial énfasis en la cuestión de género. Se planteó indagar, en este aspecto, sobre las percepciones de las mujeres pertenecientes a hogares pluriactivos, respecto a lo que implica para ellas ser productoras o asalariadas, así como las diferentes funciones que cumplen en el hogar y fuera de él. Para ello, se recurrió a un estudio sobre las mujeres productoras y las mujeres asalariadas del área rural, que diera cuenta de cómo vive cada una las consecuencias de la desigualdad de género y cómo logran concebir su autonomía en este contexto. Se buscó indagar su percepción en cuanto a la toma de decisiones en el hogar, las actividades que realizan referentes al trabajo y al ocio y la participación en diferentes círculos. Tal sería el caso de la invisibilización y falta de reconocimiento de sus labores en el caso de las productoras familiares (Vitelli, 2006; Piñeiro y Cardeillac; 2010, Silva, 2017; Batthyány, 2013) y la vulnerabilidad laboral de las asalariadas rurales (Riella y Mascheroni, 2017) viendo así las diferencias y semejanzas de cada situación.

II) Justificación y antecedentes

El siguiente trabajo se enfocó en las percepciones tanto de productoras familiares como de asalariadas rurales, respecto a los desafíos a los que se enfrentan, tanto en el ámbito de la producción como en el mercado laboral en general.

Este estudio se planteó arrojar luz sobre todo lo que implica para las mujeres pertenecientes a hogares pluriactivos, tanto productoras familiares como asalariadas, el hecho de desempeñar una multiplicidad de tareas y roles, de cara a un nuevo modelo productivo (problema social) así como el abordaje de sus principales causas: la vulnerabilidad laboral, la falta de reconocimiento de su trabajo en el establecimiento familiar y la desigualdad de género en el medio rural (problema sociológico)

Respecto a las múltiples consecuencias de los cambios en las transformaciones de la estructura agraria que implicó la creciente incidencia del capitalismo en el agro, Florit y Piedracueva (2015, p.120) plantean que: “*El sector agrario del continente ha visto*

modificado su patrón productivo, tendiendo a reducir la variedad productiva, homogeneizar los procesos, incrementar la inversión en insumos y maquinaria, y concentrar y extranjerizar la tenencia de la tierra.” Por otro lado, Riella et.al. (2013, p.1) hablan del impacto de la capitalización del agro en términos de la fuerte agriculturización del uso del suelo consistente en un mayor uso de insumos industriales, maquinaria y dispositivos para aumentar el rendimiento.

Estas transformaciones en el agro uruguayo, sumadas a otros factores económicos, trajeron consigo el fenómeno que implica la pluriactividad. Según Piñeiro y Cardeillac (2010) su estudio en un comienzo no fue muy profundizado por tratarse de una situación excepcional, experimentada sobre todo por los miembros de unidades productivas que, no teniendo mucho éxito económico, se veían obligados a proletarizarse. Sin embargo, con el paso del tiempo, fueron cada vez más los hogares que adoptaron la pluriactividad como una estrategia viable para su desarrollo, tornándose así una situación estable.

En este nuevo contexto, si bien se ha incrementado la presencia del trabajo femenino en las unidades de producción (y también fuera de ellas), estas mujeres se enfrentan con las consecuencias que supone la falta de reconocimiento y la sub-valoración de sus labores en el establecimiento, que no son considerados más que como una colaboración. (Piñeiro y Cardeillac, 2010; Vitelli, 2006; Silva, 2017) Esto no solamente impide tener un registro claro de la situación laboral de las mujeres en el medio rural (quienes generalmente si se dedican a los quehaceres del hogar se tildan de “inactivas”) sino que además, se ha demostrado que la mayoría de las tareas domésticas (lavar, planchar, cocinar, cuidar de los niños) eventualmente podrían tener un valor económico, al poder intercambiarse por un salario en el mercado laboral. (Batthyány, 2013, p.13)

Es pertinente indagar no solo en las realidades de las productoras familiares, sino también de las asalariadas, puesto que las condiciones en que las mujeres rurales acceden al mercado laboral siguen reflejando una notoria desigualdad. Según los datos presentados por Vitelli, (2013, p.4) en la población rural dispersa el ingreso percibido por las mujeres según su ocupación principal representa el 50,7% en relación al ingreso masculino, mientras que en poblaciones de hasta 5000 habitantes el ingreso femenino pasa a representar un 69% en proporción al masculino. Asimismo, la inequidad no solo se hace presente en la brecha salarial y en la desocupación femenina, sino también en la reproducción de los estereotipos de género. Sigue habiendo ámbitos productivos en donde se incluyen o excluyen mujeres según este criterio.

Dando cuenta de lo anterior, se hace necesario el estudio de las mujeres rurales que pertenecen a hogares pluriactivos a consecuencia de la serie de cambios y transformaciones que han tenido lugar en la matriz productiva del país. Se requiere comprender, desde una perspectiva de género, la encrucijada en la que se sigue encontrando la mujer rural como sujeto social hoy en día, afectadas en un doble sentido por pertenecer tanto a la categoría “mujer” como a la categoría “rural” y perteneciendo tanto al ámbito de la producción familiar como al empleo asalariado. En este sentido, la comparación entre las situaciones de las productoras familiares y de las asalariadas sobre el cumplimiento de roles y tareas en estos ámbitos es pertinente pues ambas, aunque en diferentes sentidos, se ven afectadas por las desigualdades de género inherentes al funcionamiento de los hogares pluriactivos y, a un nivel más macro, a los procesos enmarcados en la capitalización del agro. Se busca indagar, por un lado, sobre las percepciones en torno a la autonomía económica y el poder de toma de decisiones de aquellas mujeres que (en conjunto o no con su pareja) se ven obligadas a obtener ingresos mediante un trabajo asalariado fuera del predio (formal o informal), dimensiones que Batthyány y Montaña (2012) consideran clave en materia de igualdad de género. Además, se deben contemplar las ventajas y desventajas que supone esta situación con respecto a aquellas que optaron por dedicarse exclusivamente al trabajo en el predio.

Diferentes autoras han estudiado el fenómeno de la pluriactividad desde una perspectiva de género, poniendo el foco en las experiencias de las mujeres, (tanto asalariadas como productoras familiares) y en el uso diferencial del tiempo con respecto a sus parejas. En su tesis de grado, Larrañaga (2015) recopila datos, por un lado, de los hogares pluriactivos cercanos a la capital de Rocha y por otro, de hogares lejanos a la misma, todos dedicados a la actividad ganadera. De su investigación sobre los hogares cercanos a la ciudad, se desprende, en primer lugar, que la división sexual del trabajo es notoria, pues en todos los casos, son solamente los hombres los que se dedican a las actividades agrícolas del predio, mientras que las mujeres realizan las tareas no agrícolas. Como sostiene Bathyány (2013, p.5) *“La participación femenina por excelencia ha ocurrido y ocurre tradicionalmente en el ambiente privado de la reproducción y de la vida familiar.”*

En segundo lugar, Larrañaga (2015) observa un patrón repetitivo en cuanto a la auto-percepción de estas mujeres: dado que todas ellas tienen estudios terciarios completos -que les permite acceder a trabajos calificados- y trabajan de forma asalariada fuera del predio un promedio de 12 horas diarias, se sienten seguras de sí mismas y

valoran mucho su formación, su actividad laboral y sus remuneraciones, afirmando que no dejarían sus trabajos no agrícolas; “...el valor que le otorgan a su trabajo no agrícola, es tan alto que no les importaría dejar de vivir en el campo si ellas no pueden realizar sus labores profesionales.” (Larrañaga, 2015, p.27)

Concluye así que no es el factor económico lo que influye en el origen de la pluriactividad en estos casos, sino el factor valorativo, el gusto por sus actividades laborales no agrícolas “pese a que sus maridos en ocasiones les ofrezcan abandonar esas actividades y sustentarse sólo con el ingreso económico del campo” (Larrañaga, 2015, p.28) y la aceptación de residir en el medio rural con sus maridos.

La situación se torna diferente en los hogares lejanos a la ciudad de Rocha, demostrando así que la ubicación geográfica que determina la accesibilidad es un factor fundamental. En estos predios (mucho más pequeños que los otros), tanto las mujeres como los hombres se dedican a actividades no agrícolas o para-agrícolas, así como a actividades agrícolas. Además, en estos casos sí influye el factor económico, aunque no es el único. Si bien las mujeres valoran sus ingresos por trabajos no agrícolas porque han ayudado a sustentar, por ejemplo, la educación de sus hijos, generalmente y a diferencia de las mujeres pertenecientes a hogares cercanos a la ciudad, se trata de trabajos no calificados que exigen menor nivel educativo (auxiliar de servicio, elaboración de alimentos, etc.)

Es fundamental el análisis de la gran brecha existente en cuanto a la percepción de las diferentes mujeres respecto a su autonomía, dependiendo de si cuentan o no con un nivel educativo alto. Las mujeres con estudios terciarios hacen mucho hincapié en lo conformes que se sienten con su trabajo, dado que ellas se prepararon y estudiaron para eso. Se muestran muy conscientes de su independencia y su acceso a trabajos de buena calidad y remuneración, y alegan que si permanecieron en el campo fue por voluntad propia. Respecto a este tema, Becerra y Santellán (2016) destacan la importancia de la capacitación para el trabajo como una herramienta para adquirir mayores conocimientos que les permitan a las mujeres insertarse en el mundo laboral, aun cuando “la formación de las mujeres conlleva diversas contradicciones personales que se originan al combinar el ámbito público con el familiar-conyugal.” (Becerra y Santellán, 2016, p.124) No sucede lo mismo con las mujeres con menor nivel educativo, donde el factor económico es el más importante. En estos hogares seguramente la asalarización no es una elección, sino que conforma una estrategia para afrontar las consecuencias de los cambios en la

estructura productiva del país, que llevan a los productores a compensar los ingresos insuficientes del predio con un salario. (Piñeiro y Cardeillac, 2010)

Así que las mujeres de estos hogares, a diferencia de las de mayor nivel educativo, disfrutaban mucho del trabajo agrícola e incluso sostienen que se dedicarían solo a ello si pudieran. Es cierto también, que en sus discursos algunas destacan el valor que le otorgan al trabajo remunerado (en actividades no agrícolas o para-agrícolas): *“El trabajo remunerado que llevan a cabo fuera de la explotación rural toma importancia debido a que se reconoce tanto por ellas mismas como por su familia.”* (Larrañaga, 2015, p.39). Esto sucede porque la invisibilización y sobre todo la falta de remuneración de sus labores en el predio, ya mencionada por varios autores (Batthyány, 2013; Piñeiro y Cardeillac, 2010; Vitelli, 2013), hace que valoren sus trabajos remunerados aunque a veces lo vean como una “ayuda”.

De todas formas, tanto las mujeres que obtienen ingresos por trabajos no agrícolas como las que los obtienen mediante su trabajo en el predio, se muestran a gusto con la autonomía que ellos generan, confirmando lo que sostiene Silva (2017, p.150):

“las mujeres sí destacan lo importante que es para ella mantener un ingreso propio y separado de aquel que surge del predio(...) Si bien los ingresos siempre son menores a los que surgen de la producción, ellas sostienen que les resulta satisfactorio tenerlo.”

Por otro lado, Campanella (2016) llevó a cabo su tesis en el departamento de San José, en establecimientos hortícolas, tamberos y queseros. La autora concluye que las tareas domésticas –en todos los rubros- son realizadas exclusivamente por las mujeres. En cuanto al trabajo productivo en el predio, el grado de participación de hombres y mujeres depende del rubro. El rubro quesero es uno de los más precarios, que no cuenta con mano de obra contratada y tiene dificultades de acceso a la tecnología y al crédito. Respecto a la división de tareas, los hombres lidian con las vacas y se encargan del mantenimiento y limpieza de la sala de ordeño, mientras que las mujeres realizan las actividades propias de la quesería:

“realizar la cuajada, realizar la fermentación, ponerla en el freezer, colocar las hormas en lugares de reposo, limpiar la planta de elaboración, entre otras. Se vio también sumado a lo anterior que en algunos casos las mujeres también participan en las labores de ordeño.” (Campanella, 2016, pp.29-30)

En el sector lechero, los hombres son los encargados de arrear los animales a la sala de ordeño, manejar los eléctricos o labrar la tierra y las mujeres están más dedicadas al ordeño, higiene de la sala y cuidado y registro de los animales. Por último, el sector hortícola es el que cuenta con un mayor nivel de capitalización y mano de obra contratada. Aquí nuevamente los hombres son los encargados de las labores del campo (siembra, cosecha, riego, fumigación y utilización de maquinarias), mientras que las mujeres se vinculan a la recolección, lavado, empaquetamiento y clasificación de las frutas o verduras.

A grandes rasgos, la autora plantea que las mujeres quedan relegadas a las tareas que no requieren fuerza, como ser el cuidado y alimentación de los animales: “...estas labores están asociadas con los estereotipos de género que influyen en el tipo de tareas que se les es asignada a éstas, como por ejemplo la habilidad manual, la delicadez, lo maternal, lo meticoloso.” (Campanella, 2016, p.31) En este sentido, las tareas que estas llevan adelante en el ámbito productivo son muy similares a las que realizan en el ámbito doméstico (limpieza, mantenimiento, cuidados). Esta cuestión se vincula a que las tareas asignadas a las mujeres en el mundo del trabajo rural generalmente responden a la estructura agro-productiva del país, donde los roles y tareas asignadas según género están muy marcadas. (Vitelli, 2006)

Otra observación que se destaca es que la administración y manejo del dinero recaen en manos del hombre, de tal manera que la mujer, pese a ser también generadora de estos ingresos, tiende a pedirle autorización a su marido para gastarlo en cuestiones personales. En otras palabras, no tiene acceso libre a su propio ingreso; factor que deja nuevamente en evidencia la fuerte invisibilización del trabajo de la mujer en la unidad productiva. (Campanella, 2016, pp. 38-39) Este aspecto también denota un déficit en su autonomía económica, concepto que según Batthyány y Montaña (2012) refiere al “*poder de decisión sobre el destino de las ganancias, ya sea para cubrir las necesidades del hogar o para gastos personales.*” (Batthyány y Montaña, 2012, p.80)

III.a) Problema de investigación:

El problema de investigación planteado en este trabajo consiste en el análisis de las diferentes percepciones de productoras familiares y asalariadas rurales respecto a los roles y actividades que desempeñan tanto en la producción como en el mercado laboral.

III.b) Preguntas de investigación:

- 1) ¿Cuáles son las tareas que desempeñan las productoras rurales tanto en la esfera productiva como en la reproductiva de la unidad familiar?
- 2) ¿Cómo valoran y definen las asalariadas rurales los roles que cumplen en el hogar y en el mercado laboral? ¿Han cambiado esa percepción con el paso del tiempo?
- 3) ¿Cómo gestionan las mujeres rurales sus tiempos de acuerdo a las actividades que realizan? (trabajo asalariado, producción, emprendimientos, limpieza y mantenimiento del hogar, cuidados, etc.)
- 4) ¿Qué motivos llevan a las mujeres a asalariarse? ¿y cuáles a las productoras a mantenerse en el predio? ¿Qué expectativas tienen?
- 5) ¿De qué forma participan tanto productoras como asalariadas en la toma de decisiones dentro del hogar?
- 6) ¿En qué actividades sociales participan, aparte de las referentes a su vida laboral?

IV) Objetivos

IV.a) Objetivo general:

- Analizar las percepciones de las asalariadas rurales y productoras familiares respecto a la multiplicidad de roles que cumplen dentro y fuera de sus hogares y la forma en que estos influyen en la construcción de su autonomía.

IV.b) Objetivos específicos:

- Describir las tareas que desempeñan las productoras familiares tanto en la esfera productiva como en la reproductiva.
- Identificar los motivos que impulsan a las mujeres a asalariarse, o bien, a mantenerse en el predio.
- Definir los roles que cumplen las asalariadas rurales en el mercado laboral y en el hogar.
- Analizar la gestión del tiempo de productoras y asalariadas en función a las actividades realizadas en las esferas productivas y reproductivas.
- Indagar en las formas de participación de cada mujer en la toma de decisiones del hogar y cómo se manifiestan al respecto.

- Describir las actividades que realizan fuera de su vida laboral y el tiempo que dedican a las mismas (pasatiempos, vida social, organizaciones colectivas, reuniones)

IV.c) Hipótesis

- Las productoras familiares que permanecen en el predio tienden a tener menos participación en la toma de decisiones dentro del hogar.
- La distribución de tareas entre el hombre y la mujer en los hogares de las asalariadas es más equitativa.
- La cercanía a centros poblados influye en la preferencia por el trabajo asalariado.

V) Marco teórico

V.a) Los productores familiares y la pluriactividad

En primer lugar, es primordial definir qué es la producción familiar y por qué ha sido estudiada por varios autores. Los productores familiares en Uruguay constituyen una categoría particular, en la que inciden diferentes variables. Diego Piñeiro (1999, p.4) sostiene que la producción familiar se caracteriza *“por combinar el trabajo familiar sobre la tierra que poseen, estando totalmente vinculados a los distintos mercados”*. Hay quienes consideran al tamaño del territorio empleado para la producción como una de estas variables, clasificando así a los pequeños, medianos y grandes productores. Respecto a esto, Piñeiro (1999) recalca la imprecisión de este término, pues los límites entre lo que es pequeño o grande son arbitrarios y dependen en gran medida de la extensión del país que se encuentre (lo que se considera “grande” en Uruguay seguramente no lo sea en un país más extenso), así como de la utilización que se le dé al suelo (no es lo mismo la ganadería extensiva que la agricultura intensiva). En cambio, opta por otras variables que sí definen con más claridad lo que es la producción familiar, como lo es el trabajo familiar sobre la tierra y el capital patrimonial. Este último es un componente que diferencia a los productores de los campesinos, término utilizado en otras regiones de Latinoamérica. Otra de las diferencias es que por un lado, el productor familiar produce para los mercados y guarda una parte menor para consumo propio,

mientras que en el campesino la situación es al revés; producen para consumo propio y el excedente lo venden a los mercados.

Asimismo, la producción familiar está vinculada a todos los mercados: *“a los mercados de insumos, al mercado del dinero (porque emplea crédito), al mercado de trabajo (porque compra y vende fuerza de trabajo), a los mercados de tierras porque sus tierras pueden ser compradas y vendidas.”* (Piñeiro, 1999, pp. 3-4) En el caso de los campesinos, prácticamente no mantienen vínculo con los mercados, o bien, estos se dan de manera diferente. Una última característica de los productores familiares mencionada por el autor es la acumulación de capital, factor que incide en la clasificación del término “productor”.

Piñeiro (1999) distingue tres tipos de productor: el productor capitalizado, el productor familiar propiamente dicho y el productor semi-asalariado. El productor capitalizado es aquel capaz de generar las suficientes ganancias como para invertir en maquinarias que ahorren la mano de obra, y que, aunque el predio crezca, sigue recurriendo al trabajo familiar. Aunque aclara que *“En las situaciones más extremas la capitalización del productor lleva a que la proporción de trabajo asalariado supere al aporte de mano de obra familiar con lo cual el productor familiar termina “saliéndose” de la categoría convirtiéndose en un empresario agropecuario.”* (Piñeiro, 1999, p.5) El productor familiar propiamente dicho es el tipo más frecuente; se trata de los que recurren al trabajo familiar para explotar su unidad productiva, *“pudiendo contratar algo de trabajo asalariado, pero siempre en menor proporción que el trabajo aportado por la familia y que percibe ingresos suficientes como para vivir pero no como para acumular capital.”* (Piñeiro, 1999, p.6) Finalmente, el productor semi-asalariado es aquel que, debido a sus ingresos insuficientes, se ve obligado a vender su fuerza de trabajo de forma asalariada y fuera del predio.

De hecho, esta asalarización constituye una realidad que se está abriendo paso en todo el continente latinoamericano, donde según Florit y Piedracueva (2015), la producción familiar ha sido desplazada por el agronegocio y los productores se ven obligados a encontrar formas de resistencia ante esta situación. Afirman además que en el caso uruguayo, se han detectado crecientes desapariciones de explotaciones agropecuarias de menos de cien hectáreas, así como la consecuente expulsión de los productores familiares del medio rural. Ante esto, el Estado uruguayo tiene la particularidad de no tomar una postura homogénea respecto al tema; *“Lejos de ello, conviven en el Estado acciones de estímulo al modelo del agronegocio y acciones que*

pretenden resistir este modelo y fortalecer la producción familiar”. (Florit y Piedracueva, 2015, p.122)

En los últimos años, la dinámica de la producción familiar está siendo modificada y sobre todo, está englobando una creciente diversificación ocupacional (Larrañaga, 2015), tendiéndose a la combinación de actividades agrícolas y no agrícolas, o prediales y extra-prediales (Vitelli, 2006). Este fenómeno se ha denominado “pluriactividad” y los autores Riella y Mascheroni sostienen que es “...*un verdadero eslabón entre lo rural y lo agrario que encadena los mundos rural y urbano.*” (Riella y Mascheroni, 2006, p. 238). Se entiende como pluriactivos “*aquellos hogares cuyos miembros residen en la tierra que poseen, en unidades de producción y reproducción, y que dedican parte de la fuerza de trabajo a actividades de carácter no agrícola, dentro o fuera del predio.*” (Piñeiro y Cardeillac, 2010, p.59)

Para tener una mayor especificidad en lo que refiere a la pluriactividad, Schneider (2009, pp. 4-5) define una actividad agrícola como un conjunto de operaciones que implican el cultivo de organismos vivos y la producción de alimentos, fibras y materias primas; estas se llevan a cabo en el establecimiento agropecuario. Por otro lado, reconoce también las actividades “para-agrícolas”, vinculadas al procesamiento de la producción agrícola, ya sea dentro de un establecimiento o fuera de él. Su resultado puede destinarse al auto-consumo o a la venta. Por último, las actividades no agrícolas son las que están asociadas a otros sectores de la economía como los servicios, la industria y el comercio. Por eso es que diversos autores también hablan de una “asalarización” de los hogares rurales.

Por otra parte, Schneider (2009, p.3) diría que: “...*está relacionado con las alteraciones en el mercado de trabajo, expresando nuevos modos de ocupación de la fuerza de trabajo.*” En este sentido, según señala el autor,

“los individuos que forman una familia pueden optar entre combinar dos o más actividades (asumiendo la condición de pluriactivos) o escoger por el cambio de ocupación, dejando el trabajo agrícola y pasando a ocuparse exclusivamente en actividades no agrícolas, sin necesariamente dejar de residir en el medio rural.” (Schneider, 2009, p.3)

De acuerdo a Piñeiro y Cardeillac (2010), la pluriactividad ha sido objeto de debate a lo largo de la historia. En los años treinta y cuarenta, era inusual que el jefe de familia trabajara fuera del predio familiar de forma remunerada, por lo que la categoría

“part-time farming” como se la llamaba en ese entonces, no era muy frecuente. Ya en los setenta, comenzó a usarse el término “pluriactividad” para incluir además a quienes se dedicaban a tareas no agrícolas (como el trabajo artesanal o el turismo rural). Si bien a comienzos de siglo el trabajo fuera del establecimiento constituía una desviación a la norma, que se daba de forma transitoria, con el tiempo este proceso se fue expandiendo de tal manera que se lo comenzó a considerar una situación estable y permanente: *“esto es, la constatación de que existen unidades de producción y reproducción familiar que incorporan la pluriactividad como una estrategia permanente en su desarrollo.”* (Piñeiro y Cardeillac, 2010, p. 59)

Schneider (2009, p.3) diría que esta concepción de la pluriactividad como algo transitorio se sostuvo porque no se indagó sobre las causas o factores que influyen y que están relacionadas con la dinámica de la familia y sus miembros. Cabe destacar que algunos de los factores clave que sirven como estímulo a este fenómeno son, en primer lugar, la modernización tecnológica de la agricultura, que ha provocado una reducción en la demanda de mano de obra familiar, así como una *“subocupación de la fuerza de trabajo, constituyéndose un factor que estimula a los miembros de las familias rurales a optar por otras formas de trabajo.”* (Schneider, 2009, p.12) En segundo lugar, menciona el crecimiento de los procesos de terciarización y contratación de servicios (como en el caso del cultivo, la preparación del suelo y la cosecha), consecuencia de la modernización técnico-productiva de la agricultura capitalista. En tercer lugar, refiere a la caída de los ingresos agrícolas y a la imposibilidad por parte de los productores de ejercer una competencia sostenida de acorde a los estándares internacionales (con los que cumplen las grandes empresas), que exigen un costo de producción mucho mayor. Finalmente sugiere que la pluriactividad constituye una respuesta a algunas políticas de desarrollo rural que incentivan las actividades no agrícolas en el medio rural, entre otras cosas, para combatir el abandono de áreas rurales. (2009, p.14)

Se trata de un hecho cuyo origen es discutido por varios autores; *“Se señala frecuentemente el descenso de la rentabilidad de las explotaciones y la crisis económica de las familias como factor desencadenante y principal del trabajo extrapredial.”* (Vitelli, 2006, p.284). Aunque también, como señala la autora, pueden influir las pautas culturales y las nuevas actitudes por parte de los productores frente a los recientes cambios en el agro. Asimismo, constituye todo un desafío para ellos lidiar con la dicotomía de, por una parte, preservar la tradición familiar y mantenerse en el campo, y por otra, tener que adaptarse a las nuevas demandas.

De este análisis se desprende que la pluriactividad puede ser un fenómeno muy heterogéneo y variar según los criterios que adopte cada familia para adaptarse al advenimiento de la capitalización y globalización del agro.

V.b) Las mujeres rurales y la pluriactividad

Bajo este nuevo contexto, donde las dinámicas tradicionales que regían el medio rural se van modificando, las mujeres son una parte de la población que se ve afectada, dado que los roles de género y la división sexual del trabajo (que atraviesan a la sociedad en su conjunto) están aún más marcados en el medio rural. Así, aun un subsistema tan específico como lo es el predio familiar, no escapa de las lógicas patriarcales que rigen al resto de la sociedad, en donde por lo general al hombre se le asignan las tareas concernientes a la esfera pública, cumpliendo así con el papel de proveedor de su familia, y la mujer queda relegada a la esfera privada, encargándose de las actividades del hogar. De hecho, Piñeiro sostiene que el control de la Unidad de producción suele ser masculino, no siendo así en el control de la Unidad doméstica, normalmente femenino:

“...mientras la Unidad doméstica comprende la vivienda y el área circundante con la huerta, la quinta de los frutales, el gallinero, los chiqueros, etc. la Unidad de producción está más allá de aquella área, rodeándola y abarcando el resto de la explotación.” (Piñeiro, 1999, p.8)

De este modo, el trabajo de las mujeres en el predio familiar es fuertemente invisibilizado, muchas veces debido a su propia autopercepción sobre lo que es o no es el trabajo, que suele asociarse –casi de forma excluyente- con el empleo asalariado: “... una distorsión del concepto “trabajo” que lo asocia al “mercado laboral” hace que exista una invisibilidad de ese aporte, tanto por parte del conjunto social como de las propias mujeres.” (Vitelli, 2013, p.3) Esta visión es naturalizada de tal forma que es común entre las mujeres percibir su trabajo –por lo general limitado a la esfera doméstica y reproductiva- como una “ayuda” a sus parejas y a la actividad productiva familiar en general. (Vitelli, 2006, p.288)

Bajo esta óptica, se excluyen en los registros a las trabajadoras familiares no remuneradas, pues ellas mismas se declaran como inactivas; “el carácter internalizado y socialmente naturalizado de “ayudar” al marido en el trabajo del predio dificulta las

mediciones". (Vitelli, 2006, p.288) Así, el desconocimiento y la falta de valoración a nivel social hacia el trabajo de la mujer son aun más notorios en la producción familiar.

Además, Piñeiro y Cardeillac señalan que, en base al censo agropecuario del 2000 -donde se analiza la población rural en su totalidad- el 33% de las personas que residen y trabajan en un establecimiento familiar son mujeres. Sin embargo, de estas mujeres, más de la mitad son trabajadoras familiares no remuneradas, mientras que solamente hay un 15% de hombres en esta categoría. (Piñeiro y Cardeillac, 2010, pp.61-62). Nuevamente se ve manifestada la necesidad de replantearse el concepto de trabajo, que tradicionalmente ha sido asociado exclusivamente a la realización de actividades extra-domésticas. No obstante, como sostiene Batthyány: *"Esta definición no contempla muchas de las ocupaciones desempeñadas principalmente por las mujeres que han sido fundamentales para la subsistencia de las economías familiares y para el funcionamiento de la sociedad"* (2013, p.12)

En cuanto al uso del tiempo, la autora plantea que *"...las áreas de ocupación de las mujeres se desenvuelven alrededor del hogar: educación de los hijos, temas de salud y bienestar social y la higiene."*(Batthyány, 2013, p.5) Sin embargo, la administración de las tareas también se lleva a cabo de forma diferencial; las mujeres de hogares pluriactivos lejanos a la ciudad generalmente dedican más horas de su tiempo al mantenimiento y los cuidados, puesto que muchas de las que residen cerca de la ciudad contratan trabajadoras domésticas que lo hagan por ellas.

Se concluye entonces, que dentro del establecimiento familiar, están superpuestos diferentes tipos de trabajo, con una división bien marcada de las tareas según sexo. Por un lado, el trabajo productivo, generador de la riqueza social. Se trata de un trabajo que es realizado dentro de un período de tiempo determinado. Por otro lado, el trabajo doméstico y la crianza de los hijos, mediante los cuales se satisfacen las necesidades cotidianas (alimentación, higiene, salud) y se inculcan a las nuevas generaciones las costumbres propias de la comunidad. La diferencia con respecto al trabajo productivo es que tanto el trabajo doméstico como la crianza de los hijos se llevan adelante todos los días de la vida de las personas. A lo largo de la historia, son las mujeres las que han quedado relegadas a esta esfera, mientras que a los hombres les toca desempeñar su rol en la esfera pública, como proveedores del hogar. (Batthyány, 2013)

No obstante, esta división sexual del trabajo no se limita solamente a la producción familiar, sino que se extiende a las demás actividades dentro del mercado laboral rural. Es aquí donde surge la problemática en cuestión, puesto que, de acuerdo a Vitelli (2006,

p.289) el tipo de tareas que realizan las mujeres rurales no hacen más que responder a la estructura agro-productiva del país, “...*incluyéndolas o excluyéndolas de algunas actividades, volcándolas hacia otras u obligándolas a migrar hacia los pueblos y ciudades menores*”. Un ejemplo es la ganadería extensiva (predominante en la zona norte y noreste del país), sector que se encuentra altamente masculinizado y expulsa la mano de obra femenina, a la vez que los rubros agrícolas son los que más optan por la contratación de mujeres. (Vitelli, 2006, p.289)

Asimismo, queda manifestado implícitamente que en los establecimientos familiares, al estar superpuestas la esfera productiva y la reproductiva, la mujer trabaja una especie de doble jornada, pues “...*todos los miembros de la familia tienen participación en el funcionamiento de la explotación –hombres y mujeres de todas las edades- aunque esta puede darse en grado diverso en cuanto al tipo de tareas realizadas y tiempo de dedicación.*” (Batthyány, 2013, p.23); esto implica que además de realizar las tareas domésticas, la mujer –al igual que el hombre- también participa activamente de las tareas agrícolas del predio.

No obstante, cabe destacar que la asignación de roles, aun dentro del trabajo productivo, sigue estando presente y se debe mayoritariamente a que la información que reciben las mujeres en cuanto a ciertas partes del proceso productivo como la poda, la fumigación o la comercialización, es limitada. Se las ve desprovistas de un conocimiento calificado, altamente valorado en la producción, excluyéndolas de un aprendizaje heredado de generación en generación, e incidiendo en su futuro, pues “*quedan necesariamente relegadas a las tareas accesorias del predio poco calificadas y por ende poco valoradas, y menos aún remuneradas.*” (Silva, 2017, p.149)

Además, la autora hace hincapié en la desmotivación y la falta de confianza que esto genera en las mujeres de la familia, que no son alentadas en lo más mínimo por sus padres a manejar la maquinaria o realizar tareas de tipo técnicas, contribuyendo a perpetuar la división sexual del trabajo. Otro factor que enumera la autora y que es clave en la desigualdad de género en el medio rural, es la dificultad que supone para una mujer acceder a la tierra, pues son muy pocas las mujeres propietarias de un predio. (Silva, 2017, p.150)

Tomando en cuenta este contexto altamente desfavorable para las productoras rurales, es de esperar que se les imposibilite o dificulte tener ingresos propios y así lograr autonomía e independencia; “*las formas de dominio se evidencian al ser el hombre quien tiene mayor poder de administración y decisión sobre el mismo*”. (Vitelli, 2013, p.5) Sin

embargo, hay mujeres que logran obtener ingresos propios gracias a emprendimientos productivos, aunque también muchas mujeres salen a trabajar fuera de sus casas en relaciones de dependencia, generando -según Vitelli- círculos de sociabilidad más amplios. (2013, p.6) Se ha dado un aumento de la PEA femenina rural, asociado al sector servicios, por lo que concluye que efectivamente existe una necesidad de aumentar los ingresos del predio familiar: *“la mujer se vuelca al mercado de trabajo para asalariarse, o se introduce en la economía informal comercializando productos de tipo artesanal o comestibles como forma de incrementar los ingresos.”* (Vitelli, 2006, p.296)

Según los datos recabados de la encuesta OPYPA que presenta en su trabajo la autora, si bien se ha generado un alto nivel de cuentapropismo entre las mujeres, este fenómeno se da de manera diferente respecto a los hombres, en los que está más vinculado a la zafralidad o la propiedad de instrumentos de labranza para trabajar en otros establecimientos; *“es un fenómeno más novedoso en el caso de las mujeres, y se refiere a una variedad de actividades más asociadas a la informalidad y la precariedad.”* (2006, p.293)

Es así que, por más que el crecimiento de la PEA femenina asalariada constituya un logro en algunos aspectos, las condiciones laborales en las que acceden a los empleos siguen siendo muy desfavorables. Riella y Mascheroni (2016) hablan de la situación de las mujeres rurales uruguayas en términos de vulnerabilidad laboral (como componente de la vulnerabilidad social), pues es un conjunto de la población propenso a acceder a empleos precarios, caracterizados por una gran inestabilidad, bajos salarios y muchas veces carentes de protección social. Esta cuestión es planteada con más detalle por los autores, tras analizar las cifras de los Indicadores de acceso al mercado laboral para la población entre 14 y 65 años de edad. Estos muestran que tres de cada diez trabajadoras no están calificadas y que las mujeres tienen un menor acceso a los derechos laborales: *“Por ejemplo, el 42,9% de las mujeres rurales percibe por su trabajo por hora remuneraciones menores al mínimo legal establecido, mientras que los varones rurales que tienen salarios inferiores al mínimo son el 18, 2%.”* (Riella y Mascheroni, 2016, p.63)

Es en los cambios demográficos del área rural (altamente masculinizada) donde se ve reflejada la forma en que las transformaciones en el mercado laboral rural han afectado a las mujeres. Tal es el caso de los latifundios ganaderos, que al generar -por sobre todo- empleos masculinos no pueden absorber el crecimiento poblacional femenino *“...y provocan una fuerte emigración selectiva de las mujeres en edad reproductiva hacia*

los núcleos urbanos del interior del país en búsqueda de oportunidades laborales o educativas.” (Mascheroni, 2017, p.149)

En este marco donde se está rompiendo con el estereotipo tradicional de mujer rural como inevitablemente asociada al trabajo doméstico, emerge la necesidad por parte del Estado y de las mismas organizaciones de mujeres, de paliar las dificultades que obstaculizan el progreso de la mujer rural y la mujer productora como sujetos sociales - con una visibilidad relativamente nueva. En un comienzo, bajo el enfoque del MED (Mujer en el Desarrollo) de los años ochenta, se reconoció su carácter de productoras y se generaron avances en la materia, pero fueron limitados y las políticas sociales fueron de carácter muy generalizado. (Vitelli, 2004, pp.31-32) Durante la era progresista (a partir del 2005) se comenzaron a destinar políticas a los trabajadores rurales en su conjunto, impulsando el ejercicio de nuevos derechos, así como el acceso a más servicios y más protección social a este sector de la población, contribuyendo así a una mejora en sus condiciones de vida (Vitelli y Borrás, 2016, pp.82-83)

En este contexto caracterizado por la emergencia de nuevas políticas públicas, las mujeres rurales como grupo más específico también obtuvieron beneficios, multiplicando sus ingresos tanto en las localidades de hasta 5000 personas como en la ruralidad dispersa: “...se evidencia en forma contundente un avance en la posibilidad efectiva de las mujeres de contar con ingresos propios dignos, teniendo así mayor autonomía con respecto a sus compañeros hombres.” (Vitelli y Borrás, 2016, p.83). A esto –dicen los autores- se le agrega una disminución en la brecha salarial entre hombres y mujeres, aunque esta persiste y aun queda un largo camino por recorrer en este aspecto.

VI) Estrategia metodológica

VI. a) Diseño metodológico

El diseño metodológico empleado en esta investigación es de tipo cualitativo, puesto que es el adecuado para “reconocer las percepciones de las personas y el significado de un fenómeno o experiencia” (Hernández et al, 2014, p.515) En este caso, el objetivo es comprender las percepciones de las productoras familiares y las asalariadas rurales pertenecientes a hogares pluriactivos, respecto a las funciones que cumplen en los diferentes ámbitos en que se desempeñan, como el hogar y el mercado laboral.

El trabajo de campo se llevó a cabo en diferentes zonas rurales de los departamentos de Canelones y San José, dado que la diversidad de actividades productivas que comprenden los mismos (lechería, agricultura, ganadería) permitió abarcar visiones más heterogéneas de la problemática.

Se realizaron un total de quince entrevistas; ocho de ellas a productoras familiares y cinco a asalariadas rurales, aunque basándose en el criterio de saturación, concluyendo una vez que ya no se extraiga información novedosa (Hernández Sampieri, 2014, p.419). Además, se procedió a entrevistar dos informantes calificadas (una de ellas también productora) que brindaron un saber experto sobre el tema. Los rubros productivos en los que las mujeres desempeñan sus labores abarcan: ganadería, lechería, agricultura, avicultura

Dichas entrevistas se llevaron a cabo durante el primer semestre del año 2019, en los meses comprendidos entre marzo y julio, distribuyéndose en un mínimo de cuatro entrevistas por mes y recurriendo al criterio “bola de nieve”. En este periodo también se realizaron tres observaciones a los establecimientos familiares: dos de ellas en los predios de productoras familiares y una de ellas en el domicilio de una asalariada.

VI.b) Técnicas de investigación

Las técnicas de investigación que se utilizaron son, por un lado, la entrevista semi-estructurada, que se basa en “...una guía de asuntos o preguntas y el entrevistador tiene la libertad de introducir preguntas adicionales para precisar conceptos u obtener mayor información sobre los temas deseados” (Hernández et al, 2014, p.418) ya que es la más pertinente para obtener un registro detallado sobre estas percepciones y por otro lado, la observación no participante, para realizar así un análisis más visual y descriptivo del hogar, sus diferentes espacios y las actividades que desempeñan las mujeres en estos, complementando el estudio con datos que van más allá de los registrados en las entrevistas.

VII) Análisis de la información

1) Nuevas visiones sobre la ruralidad

Diversos autores realizan un análisis de la incidencia del agronegocio y el capital extranjero en el medio rural y sus repercusiones en la dinámica de la producción familiar, especialmente de los pequeños productores. Dichos cambios producen una creciente

diversificación ocupacional así como un vuelco hacia la asalarización, divisándose la heterogeneidad del medio rural, antes considerado como un todo homogéneo y aislado de las zonas urbanas. Una de las informantes calificadas sostiene que, si bien en el departamento de San José no es tan notorio el fenómeno de la asalarización, sí se observan las consecuencias que los cambios ya mencionados tienen sobre las percepciones de los habitantes, algunos de los cuales hablan de una posible “crisis”.

Indagada sobre las concepciones de ruralidad, la informante aclara que esta percepción no es más que el resultado de la adaptación de nuevas pautas de consumo –de cara a la capitalización del agro- por parte de los productores familiares, que muchas veces, acompañadas de una mala gestión de los recursos, acarrear endeudamiento y malestar económico.

“Hay mucha gente que trabaja con conciencia y con mucha responsabilidad y mucha seriedad, pensando, bueno, cuáles son los ingresos y entonces cuáles son los egresos que yo puedo tener y yo que sé, y han mejorado su calidad de vida con responsabilidad. (...)Después hay un montón de gente que en realidad, ese consumo desmedido, y esa producción más intensiva ha hecho que genere un consumo que no lo puede manejar después.” (Informante calificada, Ent.1)

1.1) Cambios en el medio rural: avances tecnológicos, comunicación, oportunidades de empleo y estudio.

La modernización técnico-productiva y los avances de la tecnología en el medio rural han provocado que los límites entre lo urbano y lo rural sean cada vez más difusos. Esto se ve reflejado no solo en el ámbito económico de la producción familiar sino en los procesos de socialización de los jóvenes rurales, quienes a diferencia de lo que ocurría hace años atrás, están cada vez más atravesados por el bombardeo de información y estímulos que reciben, gracias –entre otras cosas- al acceso a internet, que, según menciona una de las informantes calificadas desde su lugar de técnica, trae consigo lo positivo y lo negativo de lo urbano. Asimismo, ambas informantes calificadas coinciden en que los avances tecnológicos y la mayor interconexión entre lo urbano y lo rural

constituyen una ventaja, pero que hay que tener precaución a la hora de utilizar alguno de estos recursos.

“El acceso a internet por ejemplo, que ha sido positivo también, o sea, le ha permitido a la gente acceder a la información de primera mano, no necesariamente tan autónoma en su decisión de lo que puede elegir, porque ya sabemos que...a menor nivel cultural, mayor riesgo de llegar a información que de repente no es de la más veraz o buena, pero sí a acceder a, yo que sé, informarse sobre una enfermedad, sobre cómo llegar a tal lugar, sobre cómo hacer un trámite.” (Informante calificada, Ent.1)

“Y hay que ver, el sonidito del celular enseguida te pone alerta, estás haciendo lo que estás haciendo, (...) y echás mano al bolsillo para ver por lo menos qué... A mí me da la impresión de que tenemos que aprender a manejarlo.” (Informante calificada y productora, Ent.2)

Otro de los avances que destaca la informante abarca el reconocimiento de los derechos de los productores familiares de los que antes eran privados, como por ejemplo, el derecho al ocio y la recreación.

“Y en realidad, cuando yo llegué a trabajar en estos lugares, la gente no solía salir de vacaciones. Hoy por hoy eso ha sido un...eso ha sido un derecho logrado porque hoy por hoy se ha regularizado, se ha estimulado muchísimo que los tambos tengan suplentes, que la mano de obra familiar tenga suplentes, lo cual le permite a esa familia pensar que hay un día a la semana que puede descansar.” (Informante calificada, Ent.1)

Según la percepción de diversas productoras familiares, uno de las principales transformaciones que sufrió el medio rural es el despoblamiento. Esto probablemente se debe al desplazamiento de pequeñas explotaciones agropecuarias y de sus productores, resultado de la ya mencionada capitalización del agro.

Este suceso no pasa inadvertido por las pequeñas productoras, principalmente las que residen en zonas rurales dispersas, quienes han observado en estas una reducción notoria de la población, en contraste con las zonas rurales nucleadas, hacia donde migran muchos de ellos. En los lugares anteriormente poblados por pequeños establecimientos, hoy –sostienen- se pueden encontrar predios comprados por las grandes empresas, destinados sobre todo al cultivo de soja.

“Y bueno, los cambios son que se ha despoblado mucho la zona. Digo, antes había más tambo, más ganadería. Ahora, siguiendo para delante de casa, son estancias, y en frente a casa han arrendado el campo para sembrar sojas. Como que eso es lo que hace que se despueble la campaña porque no hay necesidad de tener un empleado viviendo ahí.” (Productora, Ent.3)

“El monocultivo, las grandes áreas, el desmonte, la falta de aves, de animales, a causa de los agro-tóxicos.” (Productora, Ent.4)

“La gente ha despoblado el campo para venirse hacia la ciudad, lamentablemente a vivir mal, porque mal o bien, tú vivís mejor en el campo en el sentido que tú plantás cosas, cosechás en ese sentido, tenés una vaca para sacarle leche, tenés unas gallinas que juntás huevos, tenés un cerdito que de repente...unas ovejas. Es otra vida totalmente distinta.” (Productora, Ent.10)

Dentro de las ventajas que conllevan las nuevas tecnologías exclusivamente para los pequeños predios, las productoras destacan la gran ayuda que esto supone a la hora de escatimar en trabajo manual. Para quienes pueden acceder a los diferentes tipos de maquinaria agrícola, las actividades cotidianas que solían requerir mano de obra familiar se vuelven más fáciles y producen una mayor agilización de la producción.

“Ya ahora trabajamos la mitad de lo que trabajábamos hace veinte años atrás, yo que sé, la mitad por ahí. Porque ya te digo, la tecnología te ayuda. Ya uno trabaja de otra manera, evita personal.” (Productora, Ent.6)

Una de las productoras destaca los avances en el sistema de alimentación de los animales; aparatos que racionan la comida de gallinas y cerdos de tal forma que no solamente se hace de manera rápida, sino que también de manera más salubre, evitando así enfermedades que impliquen una pérdida económica.

Ahora bien, la otra cara de este fenómeno es, justamente, el desempleo rural que se llega a generar a causa de la sustitución de la mano de obra por parte de las máquinas. Es así que, para acompañar esta creciente modernización, se requiere de una constante formación técnica de los trabajadores rurales para el manejo de la maquinaria más especializada: *“Y esa es la desocupación que ha habido, que a lo que las empresas se han tecnificado en ese grado ahora con la tecnología, la mano de obra se ha perdido.”* (Productora, Ent.7) Sin embargo, hay quienes no realizan estas capacitaciones y optan

por mantener los métodos tradicionales. *“Ahí está, no cualquiera no puede. Tienen relojes, tienen barómetro que tenés que controlar la temperatura, saber todo...”* (Productora, Ent.7)

“Como que por un lado capaz que sí, por otro lado como que deja mucha gente sin trabajo (...) Tenés maquinaria para trabajar, ya tenés menos empleados.” (Asalariada, Ent.15)

Otro de los cambios que consideran positivo está relacionado a la mayor movilidad dentro del medio rural, así como entre el medio urbano y el rural, gracias a que existen más posibilidades de locomoción y un mejor acceso a estas, sobre todo por parte de los estudiantes. Además, el acceso a los servicios se ha expandido bastante. *“...ahora hay mucha posibilidad de que los chiquilines puedan estudiar. Viste, los grandes, por ejemplo míos, yo tenía que pagar boleto. Ahora no, tienen boleto gratis, digo, como que ha ido mejorando en muchas cosas.”* (Productora, Ent.9)

“...se ha mejorado mucho lo que son las cosas del Estado, por ejemplo, lo que es la caminería, lo que es los servicios. Antes no llegaban a lo que era lo rural, y ahora sí, ahora tenés todas las comodidades en la puerta de tu casa por más que estés en el campo. Eso se nota el cambio por ejemplo.” (Asalariada/productora, Ent.13)

1.2) Aspectos positivos y negativos de vivir en el medio rural.

En cuanto a las percepciones valorativas sobre el medio rural, existe una especie de unanimidad entre productoras y asalariadas. Todas destacan el gusto por la paz y tranquilidad del campo, el contacto con la naturaleza y los animales: *“Me gusta todo. Me gusta la sencillez que te permite, valorar las cosas muy valiosas que te rodean, la naturaleza, la gente, el poder hacer...me gusta todo. Y todo me interesa.”* (Informante calificada/productora, Ent.2) También resaltan que les entusiasma el hecho de producir su propio alimento, aludiendo que es “más sano” que comprarlo en las ciudades. *“Y por otro lado, también me gusta porque producimos nosotros y sabemos lo que consumimos, y hacemos una producción sana. Acá prácticamente no se compra nada, prácticamente nada.”* (Productora, Ent.6).

De esta forma, está muy presente en los discursos de las entrevistadas el rechazo hacia la vida en el medio urbano, considerándolo un espacio contaminado, donde la falta de tranquilidad y la incertidumbre sobre la procedencia de los alimentos son algunos de los ejes principales de preocupación.

“Sos libre de estar tranquilo en tu casa, sin preocupaciones, que no necesitás salir para tener tus cosas porque podés tener tu quinta, se carnean animales para consumo, o sea, lo único que gastamos es en las necesidades, digamos, papel higiénico, jabón, eso. Después lo que es alimenticio nosotros mismos lo tenemos ¿no?” (Asalariada, Ent.14)

La mayoría de estas mujeres tienen una característica en común: han residido en el medio rural durante toda su vida o gran parte de ella. Esto hace que muchas no se imaginen ni se sientan a gusto con la idea de vivir en el medio urbano. *“Voy a Montevideo cuatro días al mes, cuando me toca salir libre, a ver a mis padres. Y el día que no estén, no voy más tampoco a Montevideo (risas)”* (Asalariada, Ent.14)

“Si me mandás a, yo qué sé, al pueblo a vivir y a trabajar en el pueblo pienso como que ahí patinaría un poco. No sé trabajar en una tienda, no sé.” (Asalariada, Ent.15)

En lo que refiere a las desventajas de vivir en el medio rural, muchas de las entrevistadas, especialmente las productoras, mencionan la inestabilidad de estar sujetas a los cambios meteorológicos (lluvias en abundancia, helada, sequía): *“Y bueno, el trabajo de campo es ingrato ¿no? De pronto tenés una cosecha ya casi pronta y te viene una helada y se te perdió todo. O tenés todas las tierras preparadas para sembrar y no llueve como pasaba hace poquitos días.”* (Productora, Ent.6); *“es esa inestabilidad que hoy tenés una cosecha para cosechar y mañana se perdió.”* (Productora, Ent.7)

En este sentido, las productoras recalcan no solo la pérdida económica sino también la frustración que esta inestabilidad conlleva, considerándola una clara desventaja en comparación con el trabajo asalariado, donde por lo general se cumple con un horario y se percibe un ingreso fijo a cambio.

Por otra parte, la producción familiar no solamente depende de los factores climáticos sino también de todos los mercados, ya sea el mercado de insumos, de tierra, de trabajo y de dinero, y las pérdidas que sus fluctuaciones suponen para la unidad

productiva. *“Y hoy por hoy el dólar en algunos aspectos nos está ayudando, porque el ganado se vende en dólares, pero los huevos y los cerdos es todo en pesos, y los insumos son en dólares. Entonces ahí entramos a perder plata.”* (Productora, Ent.6)

Respecto a la poca diversidad de servicios u opciones para el esparcimiento, cuestiones que también son consideradas desventajas, se observa una diferencia entre quienes viven cerca de algún centro poblado (preferentemente cerca de la ruta), que tienen más posibilidades de transportarse y por ende, acceder sin mucho inconveniente a los servicios que ofrecen las ciudades y quienes viven en zonas más alejadas, que manifiestan la necesidad de tener un vehículo propio como único medio de locomoción: *“Nosotros en este momento lo que nos está faltando en realidad, es una locomoción para movernos, una locomoción propia me refiero ¿viste? Poder movernos...”* (Productora, Ent.7)

“está la ruta cerca, tenemos, viste, para llegar a Montevideo, en una hora y poquito estamos allá. O sea dentro de todo, para ser que estamos en el campo somos privilegiados porque hay personas que no, que están lejos de una ruta o no tienen combinación de ómnibus” (Productora, Ent.9)

“No hay muchos lugares para hacer mandados, para salir a caminar...” (Asalariada, Ent.12)

Si bien ha habido un avance de las políticas estatales en lo referente al transporte y la comunicación en el medio rural, algunas entrevistadas residen en poblados dispersos donde hay muy pocas casas y casi no pasan ómnibus. Ellas son las que más manifiestan la necesidad de tener un vehículo propio para trasladarse, ya que aunque los ómnibus pasan con más frecuencia por los centros poblados más cercanos, llegar hasta estos también requiere de locomoción.

2) Producción familiar

2.1) Características y roles de las mujeres en la unidad productiva

Las productoras entrevistadas pertenecen a diferentes rubros: agrícola, ganadero, avícola y lechero. Todas son propietarias de los predios en los que producen y solo una de ellas (dueña de un tambo) tiene empleados a cargo, que residen en el establecimiento. El resto entra dentro de la categoría “productoras propiamente dichas”; es decir que recurren al trabajo familiar para explotar su unidad productiva. Respecto a la extensión de los predios familiares de estas productoras, se trata de terrenos pequeños, razón por la

que probablemente no se hace necesaria la contratación de mano de obra externa y se utiliza solo la familiar.

Cabe destacar también que todas las productoras tienen hijos/as, lo que hace que, en el caso de las que tienen niños y niñas en edad escolar, gran parte de su rutina diaria sea dedicada a ellos. Ahora bien, las productoras que están jubiladas ya tienen hijos/as en edad adulta, quienes en la mayoría de los casos constituyen la mano de obra familiar. Sin embargo, hay algunas excepciones en las que los hijos/as trabajan de forma asalariada. Frecuentemente, en las zonas rurales pertenecientes al área metropolitana se ofrecen oportunidades de empleo y estudio relacionadas a los diferentes rubros productivos que allí se desempeñan. De este modo, los jóvenes que permanecen en el campo tienden a trabajar en empresas con características propias del medio, como es el caso de los frigoríficos en zonas ganaderas.

En el rubro ganadero, los establecimientos que se dedican a la crianza de vacas y cerdos, basan su trabajo en vender los animales en ferias o a poseedores de grandes predios para que culminen la crianza y el engorde de los mismos. Además, se dedican a vender los diferentes alimentos derivados de los animales, como huevo, leche o quesos.

En el rubro agrícola, el trabajo de las productoras consiste en cosechar las verduras y frutas propias de cada temporada, clasificarlas según calidad, envasarlas y venderlas. Un factor a destacar de todas las productoras familiares entrevistadas es que, además de comercializar los productos, los utilizan para consumo propio.

3) Pluriactividad: características del empleo asalariado

Dentro de las asalariadas rurales, se encontraron situaciones más heterogéneas que entre las productoras familiares. Dos de ellas trabajan en el rubro agrícola, en quintas destinadas a la cosecha de verduras como lechuga, morrón, entre otras. Una de ellas trabaja hace varios años en la quinta mientras que la otra ha trabajado de forma zafral, característica bastante frecuente dentro del trabajo asalariado en condiciones muchas veces precarizadas de las mujeres rurales.

“Ya me sacaron, me cortaron porque es zafral, en una quinta, en galpón de invernáculos. (...) Nosotros hacemos de todo, tanto como plantar, para empezar la cosecha, plantamos, regamos, cosechamos, sembramos. Hacemos de todo porque...está crecido el tomate, el morrón, lo juntamos, o vamos con cajones o vamos con baldes, el tomate se junta también.” (Asalariada, Ent.12)

Otra de las trabajadoras se desempeña en el rubro lechero como vaquera en un tambo, y a diferencia de quienes pertenecen al rubro agrícola, vive con su familia en el mismo predio en donde trabaja, debido a que se trata de una labor que requiere constante atención y con horarios irregulares en el día. Lo mismo sucede con otra de ellas, que trabaja en el rubro ganadero. *“Les llevo las vacas a los tamberos, después pongo alguna...pastores para la comida de los animales y ayudo a mi esposo con lo que es la inseminación, y en época de parto...ta, andamos en la vuelta de los partos de las vacas.”* (Asalariada/productora, Ent.13) Sin embargo, aspira a renunciar al trabajo en el tambo para dedicarse a la producción quesera, cuestión sobre la que se ahondará más adelante.

Otro de los factores a destacar es el nivel educativo de las mujeres entrevistadas. Todas las productoras y la mayor parte de las asalariadas entrevistadas han finalizado la educación primaria. No obstante, solamente una de las asalariadas ha completado el nivel terciario, así como varios cursos complementarios, obteniendo el título de técnica agropecuaria en un campo de re-cría en San José, donde también se encarga de supervisar el trabajo de los demás.

“Arranqué como peón rural especializado y ahora hago todo lo que es la parte administrativa. Hace cinco años que estoy trabajando en el campo. Hago toda la parte...lo que es mangas y trabajo de oficina. Y bueno, y la parte de lectura de animales, cuando se entregan, cuando llegan al campo. Llevo todo el registro de los animales. (...) Y en las mangas, se tuvieron que acostumbrar a que la que manda en las mangas, el trabajo, soy yo. Soy yo la que digo lo que vamos a hacer, cómo hacer. Al principio hubo mucho choque pero después se fueron acostumbrando.” (Asalariada, Ent.14)

Es menester destacar entonces la importancia de la educación formal; la formación especializada incide tanto en la obtención de mayores ingresos y la autonomía financiera como en la autoestima y seguridad de las trabajadoras rurales, sintiéndose a gusto con los roles que desempeñan (como en el caso de esta entrevistada, que ocupa un cargo de supervisora)

3.1) Contraste de visiones sobre la producción y el trabajo asalariado

Si se realiza un análisis comparativo sobre la identidad rural de las mujeres entre las productoras familiares y asalariadas, una de las informantes calificadas, hace mención a la notoria competencia que se desata entre las dos, sobre todo en instancias de participación colectiva: *“Yo necesito mostrarle a ese contexto que yo soy mujer, pero soy un poquito más que esta. Hay una competencia que se nos instala...salado. Entonces, por*

ejemplo, no sé. Se planteó hace poco en una mesa, ¿qué es ser mujer rural? Y se planteó la discusión y estuvo muy fuerte.” (Informante calificada, Ent.1) Según lo describe la informante, se da un arduo debate sobre lo que implica ser una mujer rural y los derechos a los que deberían acceder, que, lejos de conllevar a una unidad entre mujeres, genera una fuerte división entre trabajadoras asalariadas y productoras, cada una de ellas reclamando derechos para sí dentro de sus grupos y no llegando a un consenso.

Por otro lado, otra de las informantes calificadas y productora tambera, sostiene que son dos situaciones diferentes: *“Sí, son dos cosas diferentes. Las responsabilidades son distintas. Tal vez la de la mujer asalariada es puntual, en una tarea. La mujer productora tiene que ser más abarcativa, ya sea que está con su esposo y ahí coordinarán cómo”* (Informante calificada/productora, Ent.2)

Algunas de las productoras familiares admiten que se han planteado la posibilidad de obtener un trabajo asalariado, evaluando las ventajas y desventajas que esto traería a sus situaciones económicas: *“Muchas veces me hago esa pregunta porque a veces uno dice: trabajamos, trabajamos y trabajamos y hacemos cuentas... ¡y qué poquito nos queda! Si uno de los dos tuviera un sueldo sería mucho más fácil.”* (Productora, Ent.6)

Los puntos negativos que destacan de ser productoras son, entre otras cosas, no tener un ingreso fijo, licencia, feriados o salario vacacional, además de estar sujetas a la inestabilidad propia del oficio que a veces genera pérdidas (factores climáticos, mercado internacional, etc.)

“Mi esposo fue asalariado. Digo, claro, quizás, como es más seguro. Si la empresa en que está trabajando está bien, es como más seguro porque ta, llega tu quincena, tenés tu licencia... Y en el campo no tenemos nada de eso, viste, no tenemos ni licencia.” (Productora, Ent.9)

Sin embargo, a la larga, suelen optar por continuar en la producción, alegando que es algo positivo no tener que cumplir un horario fijo, no ser empleada de nadie y que el ingreso –considerando los gastos en transporte– sería más o menos el mismo: *“Y viste que no tenés que estar cumpliendo horario, como que acá los horarios los manejamos nosotros, que esa es otra de las ventajas que tiene vivir en el campo.”* (Productora, Ent.6)

Pese a las adversidades ya mencionadas a las que suelen enfrentarse las productoras, podría concluirse que no se visualizan trabajando de forma asalariada porque se sienten a gusto produciendo lo que consumen. También alegan que su formación educativa no les permite aspirar a trabajos estables o con ingresos muy elevados, por lo

que los salarios que pueden llegar a obtener equipararían lo que ganan mensualmente en la producción, o incluso ser más bajos.

4) División sexual del trabajo

4.1) Distribución de tareas en el trabajo asalariado y la producción

Como ya se ha desarrollado en el marco teórico, la producción familiar es un ámbito donde se reproducen claramente las desigualdades de género imperantes en toda la sociedad en su conjunto, y más específicamente las presentes en el medio rural. Esto incluye una marcada división sexual del trabajo, donde las mujeres por lo general, además de participar activamente en la unidad productiva o bien, salir a trabajar fuera de sus hogares de forma asalariada, quedan relegadas a las tareas domésticas y de cuidados (unidad reproductiva), cumpliendo así una doble jornada, cuestión que es constantemente invisibilizada. Esto sucede porque la concepción de trabajo está asociada exclusivamente al empleo asalariado, sin tomar en cuenta las tareas del hogar, que suelen recaer sobre la mujer.

En lo que atañe a las productoras familiares, la falta de reconocimiento y la infravaloración de sus labores en el predio, tanto en la unidad productiva como en la reproductiva, hace que muchas veces perciban su trabajo como una “ayuda” a sus parejas. De todas formas, muchas de las productoras entrevistadas hacen énfasis –al menos en una primera instancia- en la importancia del trabajo en equipo, alegando que en sus predios se trabaja equitativamente.

“Él se ocupaba, del tambo nos ocupábamos los dos, indistintamente. Ya te digo, mucha parte del papeleo la hacía yo. El tema del manejo del tambo lo hacíamos entre los dos, decidíamos entre los dos qué cantidad de animales se iban a entrar en producción, etc, etc.” (Informante calificada/ productora, Ent.2)

“Hacemos en conjunto. Algo capaz que sí, no sé. Ordeño dos vacas y si estoy yo, lo hago yo, y mi marido...los árboles, yo que sé. Después cuando vamos a encerrar animales, poner caravanas.” (Productora, Ent.3)

Un discurso similar es sostenido por las asalariadas:

“Nosotros allá donde estábamos trabajando, lo que era en el hogar, éramos a par, a par. No sé, tenemos esa mentalidad de que el hombre y la mujer tienen que hacer los dos.” (Asalariada/productora, Ent.13)

“Los dos hacemos de todo. Hay días que él deja más temprano que yo, le toca cocinar a él. Hay días que yo dejo más temprano que él, cocino yo. La lavadora, cuelga el que llegue primero, descuelga el que llegue primero...Digo, en ese tema, mi pareja sabe. A mí me criaron en una casa donde siempre trabajaron las dos personas.” (Asalariada, Ent.14)

Ahora bien, a medida que se indaga más en lo referente a la distribución de tareas específicas en el hogar, se va haciendo notar la reproducción de ciertos estereotipos de género, que suponen que hay tareas a ser realizadas casi indiscutiblemente por la mujer y otras por el hombre. A continuación se detallan algunas.

Las tareas manuales y que requieren fuerza generalmente recaen sobre el hombre, mientras que las mujeres se encargan de las labores más “delicadas”. De esta forma, en la producción familiar ganadera, el hombre es, en gran parte, el que se encarga de realizar las tareas pesadas vinculadas al traslado del ganado, mientras que la mujer se encarga de alimentar y cuidar a los animales. Algo similar sucede en el rubro agrícola, donde el hombre es quien se encarga de manejar la maquinaria mientras la mujer realiza tareas de recolección o clasificación de las cosechas, considerándose más “prolija” que el hombre para ese tipo de tareas. Incluso un productor familiar, pareja de una de las productoras entrevistadas, sostiene:

“Hay trabajos de hombre que la mujer es más prolija que el hombre. Ya hay pila de casos. En junta de frutas nomás, que no es un trabajo de los pesados, y todo eso, la mujer es más prolija. Es más cumplidora también ¿eh? Más cumplidora. Porque viste que el hombre si cuadra, se hace una trasnoche porque se quedó a jugar a un casino...” (Productora, Ent.7)

“Bueno, no lo definía...Lo que había muy concreto era: la maquinaria era de él, porque a mí no me gusta, no me gustaba. Algo aprendía porque, de estar observando, de ir a buscar cosas, por ejemplo, para ayudarlo.” (Informante calificada/productora, Ent.2)

“...después para mantener y eso, tema de pasto y eso...lo hace mi esposo porque yo tengo problemas de columna y no puedo con la máquina. (...)Y lo que tiene que ver con la casa y después las plantas, me encargo yo de ellas.” (Productora, Ent.5)

“Pero más o menos ya sabemos. Las cosas más livianas son para mí obviamente y lo más pesado va para él.” (Productora, Ent.6)

En algunas entrevistas, la noción de que el trabajo llevado a cabo por el hombre es el motor de la producción mientras que las actividades que desempeña la mujer en la misma son la “ayuda” está muy presente.

“Bueno, él sí, él es el que más está en los invernáculos y bueno, el trabajo principal es el de él, y yo si un día voy, ta voy, le ayudo, arrancamos tomate o bueno, yo que sé.” (Productora, Ent.7)

Otro de los temas a considerar son las tareas administrativas que requieren tanto los hogares que se dedican a la producción como los que se dedican al trabajo asalariado. En este se decidió incluir no solamente la administración de ingresos y egresos por parte del hogar, sino también el contacto con diferentes organismos o clientes y la coordinación de la compra-venta de productos. En este aspecto, si bien hay un número mínimo de excepciones que dicen sostener esta tarea en conjunto con sus parejas, son muchas las mujeres que afirman estar a cargo. *“Ahora hemos vendido terneros, vaquillonas, todo eso. Y soy yo la que saco la foto, la mando por WhatsApp, la mando por Facebook, la que me entiendo... Él en eso no es muy diestro. Y como que confía en mí.”* (Productora, Ent.3)

Así es como las productoras entrevistadas, la mayoría con edades mayores a cincuenta años, han ido adaptando los avances tecnológicos y sobre todo el alcance de las redes sociales a sus vidas cotidianas y a su forma de encarar la producción. Algunas de ellas comercializan sus productos desde grupos de Facebook destinados a la compra y venta de bienes ganaderos y agrícolas. De esta forma, la conexión inmediata con vendedores y compradores desde la comodidad de sus casas ha facilitado mucho el negocio.

“...administrar en el tema interno acá del combustible, y bueno, luz, planillas, todo eso lo hago yo, me manejo yo con todo eso. Pero para los aportes al BPS y otras cosas que tenés que hacer papeleo y todo eso, tenemos un escritorio donde llevamos todos los papeles (...) Pero se hace cargo de todo después que pasa por mi cabeza porque yo tengo que saber qué fecha hay que pagar y cuánto y todo ¿verdad?” (Productora, Ent.6)

“...lo manejo yo porque ta, como que tengo más afinidad en lo que es pagar las cuentas y todas esas cosas, como que llevo yo el registro ¿no? Pero en sí, nosotros por ejemplo cuando teníamos el sueldo, nos manejábamos a...bueno, pago yo con mi sueldo todas las cuentas y el sueldo de él, en lo posible lo ahorrábamos, digo, es la forma de ahorrar nuestro ¿no?” (Asalariada/productora, Ent.13)

Sobre las tareas que asumen las mujeres de modo naturalizado, en la primera observación, realizada en el hogar de una de las productoras en Tala (Canelones), se pudo apreciar además, como llegada la hora de realizar diversos trámites o incluso arreglar una cita por teléfono con el médico de su marido, fue la mujer la encargada de contactarlo, aunque él también estaba presente en el hogar.

En la segunda observación realizada en Tala (Canelones), en el predio de una de las productoras dedicada a los invernáculos, se registró a la mujer contactando telefónicamente a los compradores, tanto de verduras como de leña, para concretar la entrega de los productos, tarea habitualmente asumida por ella.

Siguiendo la lógica de los estereotipos de género ya planteados en la división sexual del trabajo, el hecho de que las mujeres se desempeñen en las tareas administrativas tiene un sentido, y está vinculado una vez más a la idea de que las mujeres son más centradas y responsables que el hombre a la hora de cumplir con tareas “livianas”.

“...como que la mujer tiene más impulso, no sé, o nos damos más maña, más cuenta y el hombre está ahí como que (...) nos sentimos más, no sé, sin discriminar, pero más responsables. Es lo que a mí me parece, no sé.” (Asalariada, Ent.11)

4.2) Distribución de tareas domésticas

En lo que concierne a todas las actividades llevadas a cabo en la unidad doméstica, se encuentran en las diferentes entrevistadas una diversidad de casos, que a grandes rasgos, van variando según la edad o el tipo de trabajo que realicen. El primer punto a analizar es que, dentro de los hogares de las productoras familiares, las labores domésticas, como la limpieza y mantenimiento del establecimiento, recaen casi exclusivamente sobre la mujer, reproduciendo nuevamente la cuestión de género

planteada en el marco teórico: *“la casa si estoy yo, me entiendo yo. Cocinar, limpiar y eso, y él a otra cosa, pero...pero lo demás todo es común acuerdo.”* (Productora, Ent.3)

“Sí. Todo me encargo yo. A veces mi marido me ayuda algo, muy pocas veces, pero a veces si me enoja y lo rezongo un poco sí me ayuda” (Productora, Ent.6)

Fue en la casa de esta productora que se observó como a la hora del almuerzo, el hombre se sentó en la mesa a esperar mientras ella preparaba y servía la comida, reafirmando así lo sostenido en este pasaje.

“...cada cual como que está en lo suyo y bueno, si él un día me tiene que ayudar a hacer una comida o algo no hay problema. Yo si tengo que ayudarle a pesar leña por ejemplo, tampoco, está todo bien.” (Productora, Ent.7)

Tal y como se deja ver en este diálogo, cuando la mujer se desempeña en el lugar que “le corresponde” al hombre, se percibe (incluso por ella misma) como una ayuda. Sucede lo mismo con el hombre que se desempeña en las tareas consideradas como femeninas. Así, ella lo “ayuda” a realizar un trabajo de fuerza como lo es pesar leña y él la “ayuda” a hacer la comida.

“...había que cuidar a ese hombre de que descansara bien. Muchos años trabajó de noche, tuvo el turno de la noche. Y bueno, pero ahora me está ayudando más, ahora me lava la loza.” (Productora, Ent.10)

En este discurso se pone en evidencia el rol de cuidadora que muchas veces tiende a cumplir la mujer, tanto en el hogar como en diferentes ámbitos. Resaltar que el hombre –trabajador y proveedor de la casa- debe ser cuidado por estar cansado de trabajar (fuera del hogar) denota una fuerte división sexual del trabajo donde se invisibiliza el trabajo de la mujer dentro del hogar. Esta división se refuerza aún más en la última frase de la cita, donde se manifiesta que tareas como lavar la loza son, por defecto, atribuidas a la mujer y cuando el hombre participa en ellas, se trata de una “ayuda”.

Como bien se refleja en estos pasajes, la distribución de tareas en el hogar es interiorizada por ambas partes de tal forma que cuando el hombre participa en lo relacionado a la limpieza y aseo de la casa, es considerado una “ayuda” a la mujer, lo mismo que sucede con la participación femenina en las labores productivas. Cabe resaltar que aquí el factor generacional puede ser influyente en la adopción de estas pautas, más tomando en cuenta que todas las productoras familiares entrevistadas tienen más de cincuenta años, un promedio de edad mayor al de las asalariadas rurales entrevistadas. En estas últimas, estas cuestiones (al menos las referentes al mantenimiento del hogar) no son tan marcadas y más bien se tienden a realizar las actividades en equipo.

“Es que yo no soy una ama de casa, trabajo igual que él, o a veces tenía que trabajar más que él cuando trabajaba en las guacheras. Y bueno, fuimos aprendiendo a que todo se hace de a dos (...) Al principio costaba porque él me decía: “no, la mujer es la que cocina” y yo le decía: “pará, porque yo llego doce y media, a la una a veces y si no cocinás no comés, es sencillo, y si no te gusta armá los bolsos...” (Asalariada, Ent.14)

“...tenemos esa mentalidad de que el hombre y la mujer tienen que hacer los dos. Nosotros tenemos dos niños y habían días que trabajaba de pronto él más que yo y bueno, yo me encargaba más. Si yo un día tenía...llegaba más tarde, lo hacía él sin ningún problema y mis hijos con la edad que tienen, también.” (Asalariada/productora, Ent.13)

Otra variable clave que incide son los hijos/as, ya que los cuidados de los niños/as también se consideran responsabilidad de la madre, y esto es una cuestión que atraviesa productoras y asalariadas. Asimismo, la diferencia probablemente radica en la edad de los hijos/as. En aquellas familias donde estos son pequeños, generalmente están al cuidado de su madre, quien se encarga, entre otras cosas, de llevarlos a la escuela, alimentarlos y velar por su salud. De esta forma, toda participación del hombre en los cuidados es una excepción y es, nuevamente, apreciado como una “ayuda”: *“...si no he podido ir a buscar al chiquilín, al niño a la escuela, se encarga él, pero sí.” (Productora, Ent.5)*

“...yo veo que está bien que la madre críe a sus hijos, ¿no? Llegados los trabajos que la mujer tiene hoy, se le hace imposible a veces estar la mayoría del tiempo con ellos ¿no? Es comprensible también. Ella tuvo la suerte de poderlos ver porque hacía los trabajos, las tareas de la casa, y los crió a ellos. Pero ta, todos no tienen la misma oportunidad.” (Productora, Ent.7)

Por otro lado, en aquellas familias donde los hijos/as ya son adultos o adolescentes, la cooperación de todos los integrantes del núcleo es mucho mayor, ya que todos –sean hombres o mujeres- participan activamente en el desarrollo de las diferentes tareas. *“El chico está estudiando, si tiene deberes por ejemplo, hace los deberes. Ahora por ejemplo, estaba trabajando conmigo. Si viene y no tiene deberes y yo lo necesito, me da una mano.” (Productora, Ent.9)*

“Y yo trabajando...la chiquilina mía limpia, o sea ta, nosotros llegamos a mediodía porque tenemos un horario cortado nosotros ¿viste? Yo que sé, mi marido y yo cocinamos, ¿me entendés? O dejamos pronto de la noche para el otro día. Pero el tema

limpieza, limpia ella. Y después de tarde sí, nosotros hacemos lo otro que falta ¿no? Pero en sí somos unidos en esa parte.” (Asalariada, Ent.11)

“Los chiquilines que me dan una mano (...) Yo los enseño, viste. Yo ponele voy a hacer mandados, cocino, pero ellos tienen que hacerse la cama, tienen que darme una mano. Y es eso, o sea, yo porque soy yo la que está sola con ellos. No tengo ni marido ni esposo ni nada con quien yo pueda compartir, no...” (Asalariada, Ent.12)

5) Percepciones valorativas y autonomía

En los discursos de las diferentes mujeres, tanto productoras como asalariadas, se suele escuchar de forma reiterada que las decisiones en el hogar, en lo que respecta a la distribución de tareas y roles que asume cada miembro y la administración de los ingresos y egresos, se asumen de manera compartida. Sin embargo, si se profundiza en esta cuestión, son muchas las mujeres que dicen llevar las riendas, en tanto asumen que son las que más permanecen dentro de la casa –dadas las desigualdades de género previamente analizadas- y por ende, están más informadas sobre lo que es o no conveniente para el núcleo familiar. Además que, como también se ha analizado en apartados anteriores, las mujeres entrevistadas por lo general cumplen con el rol de administradora de la economía del hogar, responsabilidad que les otorga cierta autonomía, al menos en este sentido.

“Claro, yo soy la mamá. La que está todo el día en casa ¿no? Entonces ponele, veo que hay algo para hacer, que yo no puedo, ta y les digo. (...)“Bueno, mirá, hay esto, dame una mano a hacer esto otro”. Porque soy la que está más acá en casa.” (Productora, Ent.9)

“Bueno, en sí, decidir, decido yo. Porque yo soy la que más o menos ahí (...) Yo digo: “bueno, vos cocinás” Yo pongo el agua en la ropa, pongo el agua a lavar, ¿me entendés?” (Asalariada, Ent.11)

Como queda demostrado en estos pasajes, la permanencia en el hogar es un factor que podría otorgarle a las mujeres cierta cuota de poder en la unidad doméstica.

5.1) Actividades de ocio y amistades

En cuanto a la autonomía social de las mujeres rurales, todas ellas afirman realizar actividades de ocio o entretenimiento, como escuchar música, mirar televisión o salir a pasear. Un punto a resaltar aquí es que cuando salen, lo hacen con sus parejas o con toda la familia, y se reúnen con otros matrimonios o familias amigas, muchas veces en sus domicilios.

“Nunca salimos así a fiestas, viste, o a una pizzería, cosas de esas no. Y si salimos a las casas así, siempre llevamos a los chiquilines con nosotros, como que no...por lo menos, las mías nunca las dejo con el padre, siempre van conmigo.” (Asalariada, Ent.15)

Un factor a destacar en casi todas las entrevistadas (a excepción de una de ellas que no es madre y dice no querer serlo) es la importancia que adquiere la maternidad y cómo el ser madre condiciona gran parte sus vidas. Esto hace que, entre otras cosas, no salgan de sus casas si no es con sus hijos/as y que -asumiendo nuevamente el rol de cuidadoras- tampoco los dejen a cargo del padre. Incluso cuando son interrogadas sobre sus proyecciones a futuro, los hijos/as cumplen un papel clave, de manera que todas las expectativas de estas mujeres quedan depositadas en ellos/as. Se podría decir que perciben la felicidad y los logros de sus hijos/as como propios, sea porque encontraron un buen trabajo o porque terminaron sus estudios. Muchas de ellas alegan que se trata de metas que no pudieron alcanzar por su cuenta cuando eran jóvenes y por eso lo anhelan tanto para las nuevas generaciones, a quienes seguramente se les abrirán más puertas que a ellas.

“Somos de salir, tanto sea con los chiquilines o...y si no, somos de salir toda la familia. Somos matrimonios...unos cuantos matrimonios que siempre si salimos, casi siempre salimos todas las familias, hombres, mujeres, niños, todo, o las parejas solas también.” (Asalariada/productora, Ent.13)

Otro punto sobre el que se buscó indagar en lo que a la autonomía de la mujer se refiere, es la comunicación con la pareja y cómo es su reacción en caso, por ejemplo, de que la mujer salga a reuniones sociales sin su esposo. En este sentido, se les preguntó a las entrevistadas si cuando iban a salir por su cuenta, se lo informaban a su pareja o si se lo tenían que consultar. Es así que una de las asalariadas (la única que dijo salir por su cuenta) afirma que para ella, esto siempre acarreó consecuencias para su vínculo afectivo y admite que tenía que pedir permiso.

“Dice “ay sí, te vas a bailar, no sé qué, no sé cuánto, yo me quedo acá con los chiquilines”. No sé, siempre había como que pedir permiso, y a veces yo me cohibía

porque se enoja, quedaba medio enojado. Sí, sí, mirá que...no te puedo decir: “no, yo hacía lo que quería”, porque no.” (Asalariada, Ent.12)

Podría decirse que, gran parte de las veces, la participación en actividades de ocio y en diferentes círculos sociales a los que pertenecen las mujeres entrevistadas se ven limitadas, ya sea por las obligaciones que parece acarrear la maternidad (y que generalmente recaen exclusivamente sobre ellas) o por las restricciones más explícitas que imponen sus parejas, como es el caso de esta última cita, donde directamente tenía que pedir permiso para salir. Esto demuestra que las desigualdades de género en el medio rural se reproducen no solo mediante la división sexual de trabajo (ya mencionada) sino mediante un estado de total subordinación de la mujer hacia el hombre dentro y fuera del hogar.

5.2) Pertenencia a colectivos u organizaciones

El departamento de San José se caracteriza por la capacidad de nuclear diferentes grupos de mujeres rurales. Una de las informantes calificadas habla, entre otras cosas, sobre la trayectoria del grupo fundador de la Red de grupos de Mujeres Rurales. Lo describe como un grupo muy organizado, visionario, endógeno y selectivo en cuanto a sus integrantes, que van desde productoras a asalariadas y amas de casa. Sin embargo, pese a estas características, suelen tener inconvenientes para coordinar reuniones con frecuencia. Esto, sumado a que carecen de asistencia técnica, constituye una desventaja, aunque es cierto que se ha avanzado en algunos aspectos referentes al género en el medio rural, como por ejemplo, la resolución de la co-titularidad de la vivienda por parte del Instituto de Colonización: *“Colonización antes de esa resolución, si un campo, el titular era el hombre, y si ese hombre por ejemplo, fallecía, el heredero no eran ni las hijas ni la mujer. El primer heredero era el hijo varón.”* (Informante calificada, Ent.1)

Podría decirse que la amplia mayoría de las productoras entrevistadas, participan o han participado de diferentes grupos. Uno de ellos es un grupo de mujeres rurales de San José, donde se tratan diversas cuestiones vinculadas al género y al re-planteamiento de la concepción de la mujer rural hoy en día. En las entrevistas se trató de ahondar sobre la autonomía que la pertenencia a estos grupos le brindaba a las mujeres rurales, quienes se muestran muy conformes asistiendo a las reuniones.

Una de las informantes calificadas que hace más de treinta años que es partícipe de diversos grupos de mujeres, relata cómo han sido sus experiencias en cuanto a su vinculación con el tema de las desigualdades de género en el medio rural, problemática que había sido fuertemente invisibilizada por años y del que comenzó a hablarse en los círculos de mujeres más formadas a nivel intelectual, que ayudaron a mujeres de distintas procedencias a tomar conciencia sobre el asunto.

“...le comentaba hoy a ustedes que cuando oía hablar de género, para nosotros hablábamos como de una tela. Y con esos grupos fuimos aprendiendo y fuimos avanzando en lo que eran los derechos de las mujeres y por qué la situación era la que era y la veíamos casi como natural, cuando en realidad muchos de nosotros sentíamos que eso no era lo natural o lo que queríamos. Nos ayudaron muchísimo.” (Informante calificada/productora, Ent.2)

Al igual que esta informante, varias productoras participan activamente del grupo de mujeres rurales, pero también de otros grupos relacionados a sus respectivos rubros productivos, como la producción de lana o de cerdos, o la red de agroecología. Todos estos grupos tienen principios cooperativistas de ayuda mutua y, en palabras de las diferentes productoras, han demostrado responder a sus demandas e inquietudes.

Una de las productoras de cerdos de Tala, quien forma parte —junto a su marido— de los miembros fundadores de la cooperativa de cerdos CALUPROCER que surgió como resultado de la baja producción dentro del rubro, comenta algunos de sus logros y las respuestas que han recibido por parte del Estado.

“...hoy por hoy, ya estamos armando un molino propio de ración, ya estamos trayendo la ración para nuestros cerdos y la gente, todos los que están en la cooperativa. Y bueno, le vendemos carne al Ministerio del Interior, por la ley de compras públicas que hay, que hace pocos años que salió esto. Le vendemos carne de cerdo al Ministerio del Interior, a bomberos, al Ministerio de Defensa, en fin. Y eso es un tema que nos encanta, es un tema social. Porque la producción de cerdos venía muy mal.” (Productora, Ent.6)

A partir de los testimonios de las mujeres entrevistadas, podría deducirse que el cooperativismo en el medio rural constituye un pilar importante para su desarrollo. Es común que las familias productoras colaboren con las Sociedades Fomento, las escuelas rurales o los hospitales de la zona en que residen, generalmente mediante la donación de sus productos: *“...colaborar sí, con una muchacha acá que tiene una perrera, tiene muchísimos perros. Colaborar con eso, colaborar con el hospital, entre otras cosas ¿viste?”* (Productora, Ent.10)

“Yo lo que hago es ayudar a la escuela que las chicas iban, y la chica esta, ahora yo soy secretaria de la escuela y ayudo la escuela en todo lo que puedo. Cuando tengo un tiempito voy y ayudo, o si se arma un beneficio, algo para la escuela.” (Asalariada, Ent.15)

A rasgos generales, las entrevistadas integrantes de estas redes u organizaciones lo evalúan como algo muy positivo, que genera lazos de solidaridad y que aporta a sus vidas cotidianas. Una de las asalariadas, que como ya se ha hecho mención brevemente, está en planes de entrar en el rubro productivo quesero, evalúa su condición de formar parte de ambos mundos de la siguiente forma:

“Me gusta estar aprendiendo, porque digo, si bien yo como empleada de tambo sabía mucho, vamos a decir, porque muchos años también antes de estar de vaquera, ordeñaba las vacas todos los días. Pero claro, ahora al ser productora, lo que es quesería, no tengo mucha noción porque...pero digo, ta, al entrar en el grupo de mujeres rurales y todo, tenés mucha ayuda de técnicos, de profesionales que están siempre arriba tuyo tratando de enseñarte y ta, me gusta absorber toda la información, y eso me gusta.” (Asalariada/productora, Ent.13)

Respecto a la autonomía de las productoras en lo referente al vínculo con su pareja y la forma de comunicarle su asistencia a las reuniones, si bien ninguna de ellas ha demostrado tener mayor inconveniente en este aspecto –ninguno de sus esposos se ha mostrado prohibitivo-, sí consideran necesario avisarles, aunque aseguran que es un acuerdo que se da de manera mutua (ellos también les avisan si van a salir).

“...a él no le va ni le viene mucho. Él...yo que sé, no es que esté en contra. A veces dice: “ay, todos los días andás con esas mujeres” pero bueno, no me priva tampoco, y si me quiere privar...tema de él, yo voy igual. (Productora, Ent.3) Por parte de las mujeres, podría decirse que en caso de obtener una reacción negativa de sus maridos, no se privarían de disfrutar de sus actividades.

5.3) Valoración del empleo asalariado y la producción

En este apartado se buscó averiguar sobre la valoración que las asalariadas otorgan al hecho de tener un trabajo asalariado y por ende, percibir ingresos que contribuyan a su autonomía financiera. Por lo general, se podría concluir que lo que más valoran las asalariadas es la independencia económica que esto supone:

“Ah, de trabajar, la mente principalmente. Te despeja todo, es otra rutina, yo qué sé, es distinto. Y ta, y la plata, lo monetario también está.” (Asalariada, Ent.11)

Por otra parte, no solamente se valora el aspecto económico sino también el bienestar psíquico; consideran primordial tener algo para hacer para poder establecer una rutina que las mantenga ocupadas, aludiendo a lo mucho que esto contribuye a la salud mental. Algunas de ellas incluso recalcan que no podrían quedarse trabajando en sus casas.

Sin embargo, algo curioso a destacar es que, a excepción del factor económico que evalúan como favorable, estas mujeres no se muestran a gusto con sus trabajos, o bien, tienen dudas con respecto a si lo disfrutan o no. Algunas de ellas aluden a su bajo nivel educativo, sosteniendo que no hay muchas opciones de empleo cuando no se tiene una formación, y que hay que conformarse con lo que se consigue aunque no sea lo mejor. La diferencia es notoria al analizar la percepción de una trabajadora que cuenta con formación terciaria especializada (como técnica agropecuaria), quien se manifiesta a gusto con las tareas que le corresponden en su empleo ya que fue lo que ella eligió desde adolescente. Además, valora el hecho de que le brindan oportunidades de crecimiento en la empresa.

“...me gusta lo que hago y me gusta que acá donde estoy trabajando ahora, siempre me dan la chance de seguir estudiando y progresando ¿no? Porque nomás, el tema de ser operador de movimiento fue de ellos, que me preguntaron si quería y obviamente que sí.” (Asalariada, Ent.4)

Nuevamente se resalta la importancia de contar con una formación educativa formal y sobre todo, especializada, que les asegure mejores puestos de trabajo, mejores salarios y, en consecuencia, una mayor confianza en sí mismas y en lo fundamental del desempeño de sus tareas. En el caso de la técnica agropecuaria entrevistada, se la nota muy a gusto con las actividades que realiza en su trabajo y con las oportunidades de progreso que allí le han ofrecido.

En el caso de las productoras familiares, hay una percepción bastante unánime sobre las ventajas que implica “no ser empleada de nadie”. En este aspecto podría sostenerse que se sienten más a gusto con sus labores que las asalariadas.

5.4) Percepción sobre la situación de la mujer rural

Como especialista a la hora de trabajar la cuestión de género en el medio rural, la técnica entrevistada elabora una especie de diagnóstico de la situación de las mujeres rurales hoy en día, con sus avances y retrocesos. Una de las cosas que considera importantes para resaltar es el hecho de que las mujeres tienen un menor acceso a los medios de producción y a la tenencia de la tierra, aunque destaca algunos de los avances.

“Antiguamente MEVIR, por ejemplo, la vivienda rural era del hombre. Si había una situación de violencia doméstica la mujer rajaba con los gurises y el hombre era propietario de la casa. Este tema pasaba lo mismo en colonización. Eso implica, porque ¿las leyes qué hacen? Las leyes normalizan cosas ¿verdad?” (Informante calificada, Ent.1)

La violencia doméstica y muchas veces la falta de amparo que recibe la mujer en estos casos es otra problemática que aqueja el medio rural. La desigualdad de género se manifiesta en otros aspectos como la violencia económica que frecuentemente ejercen los hombres contra las mujeres, sobre todo cuando obtienen ingresos por medio de la producción (de la que participan ambos) y, como ya se ha demostrado que la labor de la mujer es infra-valorada, se queda con las ganancias obtenidas y muchas veces la priva de acceder a su propio ingreso. Esto dificulta mucho el empoderamiento femenino, ya que se trata de pautas ya internalizadas por las mismas mujeres, a quienes generalmente les cuesta reconocer y cuestionar la situación de desigualdad.

Una entrevistada incluso menciona que antiguamente el salario se le pagaba al hombre, aun cuando ambos trabajaban en el establecimiento: *“Yo iba mucho al tambo porque hacía control lechero y eso, y veía que la mujer estaba muy, muy como...él la trataba más como si fuera una empleada de él, que como su esposa. Entonces le empecé a pagar a ella su salario. Si vieras como cambió la actitud con el tiempo. No fue de un día para el otro, pero con el tiempo, como cambió la actitud de la mujer cuando ella tenía su ingreso, fue increíble.”* (Informante calificada/productora, Ent.2)

Muchas de las mujeres entrevistadas, sobre todo las productoras, reconocen haber sido criadas por familias muy conservadoras que las han hecho adoptar estas lógicas patriarcales. Incluso hay quienes, tras preguntarles sobre la existencia de diferencias entre la situación del hombre y la mujer rural, reproducen estas pautas en sus discursos, justificando la división sexual del trabajo a partir de diferencias biológicas, cuestión que está muy arraigada en la sociedad en general y en el medio rural: *“Físicamente, la mujer*

es más débil que el hombre, en el sentido...no soy machista ni nada por el estilo ¿no? Pero el organismo de la mujer es otro organismo.” (Productora, Ent.7)

Este pasaje, perteneciente a la pareja de una de las productoras, es un claro ejemplo del frecuente discurso biologicista sobre las desigualdades de género, internalizado de tal forma que no se asume machista. Lejos de eso, se considera algo evidente que la “superioridad física” del hombre es suficiente para seguir reproduciendo las lógicas detrás de las desigualdades de género.

Por otra parte, hay mujeres que afirman haberse sentido excluidas o en situación de desventaja por su condición de mujeres en el medio rural, o bien, si no fueron ellas quienes fueron excluidas, reconocen que hay un largo camino por recorrer en cuanto a la cuestión de género.

“...en mi caso yo estoy trabajando en casa pero viste, si vas a conseguir algo afuera aunque sea dentro de lo rural, no conseguís tan fácil. Viste, un hombre como que tiene más posibilidades, como que no hemos llegado a la igualdad, vamos a decir.” (Productora, Ent.9)

Resulta interesante el hecho de que solamente una de las mujeres entrevistadas hizo mención a la problemática de los femicidios y la violencia doméstica en el medio rural, considerándolos fenómenos atroces que surgen a raíz de la cobardía del hombre ante la creciente emancipación de la mujer.

“Y yéndome un poquito más allá de lo que me estás preguntando, me parece que la violencia doméstica, los femicidios en especial, lamentablemente... Yo nunca, nunca en mi vida escuché las atrocidades, cómo matan a las mujeres, pasa por ahí, porque el hombre no se banca que la mujer quiera independizarse” (Productora, Ent.10)

El hecho de que fenómenos como el femicidio hayan sido referenciados solo una vez pone en evidencia lo invisibilizada que está la violencia de género en el medio rural, factor que la misma entrevistada recalca.

Una de las trabajadoras planteó que su mayor conflicto en el lugar de trabajo sucedió a causa de que tiene personal a cargo, muchos de ellos hombres, que se rehusaban a ser “mandados por una mujer”, por lo que se hizo claramente visible el machismo imperante. Incluso agrega que en su anterior trabajo la cambiaron de lugar alegando que lo que ella realizaba –como encargada de recría- “no era un trabajo para mujeres”.

“Yo ahí entré como encargada de recría y tenía un encargado, después cambiaron el encargado y el encargado me sacó, porque él decía que siendo mujer no

tenía la capacidad que tenía un hombre para estar con los animales. Y bueno, y me pasaron hacia la guachera.” (Asalariada, Ent.14)

VIII) Algunas reflexiones a partir de la información obtenida

El siguiente apartado intenta contrastar los hallazgos resultantes de la investigación con los objetivos, preguntas e hipótesis planteadas en un comienzo, para lo que se realizará un análisis detallado de la información referente a cada una de las dimensiones.

VIII.a) El medio rural y sus cambios

En primer lugar, no se debe dejar de mencionar las características generales del medio rural actual, atravesado por la incidencia del capitalismo en el agro, que implica una transformación de la matriz productiva. Esta acarrea, entre otras cosas, un creciente avance tecnológico, diversificación productiva, mayores inversiones en insumos y maquinaria y una agriculturización del uso del suelo.

Ahora bien, ha quedado demostrado en las entrevistas que para las mujeres rurales este avance de la tecnología tiene aspectos altamente favorecedores para la producción familiar. Desde el desarrollo de la maquinaria empleada en los diferentes rubros productivos que permite agilizar los procesos de siembra, cosecha, riego, alimentación y cuidado del ganado, etc. (Entrevista 6), hasta el uso de las redes sociales como WhatsApp o Facebook para lograr una comunicación inmediata con vendedores y compradores, son fenómenos frecuentemente mencionados en los discursos de las entrevistadas. (Entrevista 3)

No obstante, otra de las repercusiones de esta nueva coyuntura como lo es la urbanización de las zonas rurales nucleadas conlleva a un despoblamiento de las zonas rurales dispersas, factor evaluado como negativo por las entrevistadas. Esto se debe probablemente a la problemática abordada por Florit y Piedracueva (2015), que consiste en la expulsión de algunos pequeños productores de sus predios, dada su incapacidad para acatar las lógicas competitivas del agronegocio. De hecho, una de las productoras perteneciente al rubro avícola sugiere que las opciones hoy en día son adaptarse a los adelantos tecnológicos exigidos o quedarse atrás. Además, se enfatizan otras cuestiones

como la falta de oportunidades de estudio, trabajo y ocio para los jóvenes, que son la población que más migra hacia los centros poblados.

VIII.b) División sexual del trabajo en la producción familiar

En lo referente al reparto de tareas en la unidad productiva, hay un patrón que parece respetarse en la mayoría de los casos y es que el trabajo de fuerza generalmente corresponde a los hombres mientras que las tareas más livianas corresponden a las mujeres. Dicha situación ya se ha analizado desde la perspectiva de algunos autores que ubican estas pautas de distribución dentro de una división sexual de trabajo enmarcada dentro de las desigualdades de género imperantes en toda la sociedad y especialmente notorias en el medio rural (Batthyány, 2013). Dentro de los hogares agrícolas, por ejemplo, las labores que corresponden a las mujeres son las de recolección y clasificación de frutas y verduras, mientras que los hombres se dedican a trabajos pesados como la carga de leña o el manejo de maquinaria. Cosas como la siembra y la cosecha son distribuidas de manera más equitativa.

En el rubro ganadero, por otro lado, las lógicas son muy parecidas, ya que la mujer generalmente asegura encargarse de la recolección de huevos y el cuidado del ganado. Los hombres, sin embargo, están a cargo de trasladar el ganado, hacer arreglos en la casa o realizar demás trabajos manuales. De todas formas, se repite constantemente en los discursos de las productoras la expresión “yo ayudo”, para referirse a su participación activa en el trabajo productivo, denotando una invisibilización e infra-valoración del trabajo femenino en la producción, como si se tratara de una cuestión por defecto masculina donde la mujer simplemente colabora.

VIII.c) División sexual del trabajo en el mercado laboral y en los hogares

En cuanto al empleo asalariado, la percepción de las trabajadoras respecto a los roles que desempeñan en diferentes ámbitos presenta varias similitudes con la visión de las productoras sobre este mismo tema. Esto demuestra que como dice Vitelli (2006), la distribución desigual de las labores, derivada de los estereotipos de género socialmente construidos en una sociedad, es una cuestión que no se limita solo al ámbito doméstico. Algunas de las trabajadoras entrevistadas hacen referencia a los tratos con sus compañeros varones dentro del lugar de trabajo, quienes en ocasiones les delegan tareas consideradas idóneas para las mujeres, tal y como sostiene Campanella (2016), dada la

delicadeza o prolijidad que requieren, como la recolección y clasificación de hortalizas. Incluso ellas mismas sostienen un discurso muy marcado por los estereotipos, como por ejemplo, el hecho de que los hombres “son más vagos” o “no se dan maña” para algunas cosas como las mujeres, que suelen ser más atentas y responsables.

Por otro lado, una de las entrevistadas, trabajadora en una quinta de morrones, hace mención al carácter zafral de su empleo. Resulta interesante resaltar este punto ya que dentro de la precarización que caracteriza el empleo femenino rural, la zafralidad es un fenómeno recurrente. De esta forma, los trabajos a los que pueden acceder las mujeres en el medio rural siguen presentando trabas que contribuyen a que sean una población vulnerable, con salarios bajos, condiciones precarias de empleo y mucha inestabilidad.

Surge de las entrevistas que, las trabajadoras que se desenvuelven en el rubro ganadero –que, a diferencia del agrícola, cuenta con horarios mucho más fluctuantes– expresan que no notan tanta inequidad en cuanto al reparto de tareas. Por lo general, dicen trabajar a la par de sus compañeros en la mayoría de las labores que requieran lidiar con el ganado; el ordeño, cuidado, vacunación o alimentación.

Quizás dentro de todo el análisis abocado a la división sexual del trabajo en el medio rural, el punto más importante a destacar es que, por más que muchas mujeres afirmen trabajar a la par del hombre tanto en la producción familiar como en el mercado laboral, lo cierto es que dentro de sus hogares, tanto productoras como asalariadas siguen encargándose de las labores domésticas y los cuidados. La doble jornada laboral que asumen las mujeres, y de la que hablan algunos autores (Batthyány, 2013), constituye una de las tantas aristas de la desigualdad de género. Dado que la mayoría de las entrevistadas –a excepción de una de las asalariadas– tienen hijos/as, esta división desigual se ve aun con más claridad; el cuidado de los mismos (que incluye, entre otras cosas, llevarlos a la escuela, al liceo o a diferentes actividades) difícilmente recae sobre el hombre.

Por otra parte, cabe destacar también que la edad de las entrevistadas podría considerarse un factor que incide en este aspecto, puesto que quienes dijeron manejarse con equidad, al menos en el tema de las labores domésticas fueron las mujeres más jóvenes, que aseguran haber sido criadas con “otra mentalidad” donde todo debería ser realizado “en equipo” y adaptando la división de tareas horarios de cada uno. Incluso sostienen que sus hijos/as también son partícipes de las actividades de la casa.

VIII.d) Motivaciones para trabajar en la producción familiar o ingresar al mercado laboral

Cuando las entrevistadas fueron indagadas respecto a sus motivaciones para permanecer en la producción, muchas sostuvieron que, pese a las ya mencionadas desventajas que acarrea la actividad productiva, se sienten a gusto con su trabajo en el predio y en su totalidad, expresaron que no dejarían de hacerlo. Si bien algunas de ellas dicen haber considerado conseguir un empleo asalariado, luego de hacer cálculos, concluyeron que los ingresos mensuales que podrían obtener en un empleo rural, serían igual o incluso menores que los que llegan a percibir en la producción, aún con sus altibajos. Otra variable que incide en esta decisión es el nivel educativo alcanzado; dado que todas las productoras entrevistadas solo terminaron educación primaria, son muchas las que aseguran que a su edad y sin más estudios, las posibilidades de conseguir empleo son casi nulas. A esto se le suma las pocas oportunidades por parte de las productoras de acceder a una formación especializada que les permita obtener empleos calificados, puesto que gran parte del aprendizaje referente al manejo de maquinaria o actividades como la poda o la fumigación sigue siendo más accesible para los hombres. (Silva, 2017) De hecho, solo una de las productoras comentó que había comenzado a tomar clases de manejo de tractor, justamente para desempeñarse en ello por su cuenta.

Por otro lado, es de esperar que las productoras opten por no asalariarse ya que, como sostienen algunas autoras como Vitelli (2006), los empleos disponibles para mujeres rurales muchas veces se caracterizan por su precarización (zafralidad, salarios muy bajos, falta de seguridad social, etc.)

Por su parte, las asalariadas entrevistadas destacan la importancia de la independencia económica, razón principal por la que deciden trabajar fuera de sus casas. Aunque la mayor parte de ellas, como se planteó en el apartado anterior, accedieron a empleos precarios o zafrales, debido sobre todo a su bajo nivel educativo, uno de los casos constituye la excepción al tratarse de una mujer con una carrera terciaria terminada y que cumple tareas de supervisión bajo su condición de peón especializado. Becerra y Santellán (2016) dirían que existen ciertas diferencias entre los motivos que conllevan a las mujeres rurales a asalariarse, según se trate de empleadas calificadas o no calificadas. De acuerdo a estas autoras, aquellas que cuentan con una formación especializada acceden a mejores empleos, con los que, en general, se sienten a gusto pese a que esto altere parte de su estado familiar o conyugal. Siguiendo esta línea de pensamiento, no es casualidad que la única trabajadora especializada (como técnica agropecuaria), resulte ser

la única de las entrevistadas que no tiene hijos/as ni desee tenerlos. Es así que se encuentra muy presente en su discurso la idea: “Trabajo en esto porque estudié para esto”:

“Hice cuarto, quinto y sexto, volví a hacer cuarto y cuando terminé sexto tenía la opción de ir a Facultad o hacer una tecnicatura, y me fui a hacer la tecnicatura en la Carolina. Con todo en contra ¿no? porque yo fui a hacer en la Carolina, que éramos sesenta y entrábamos veintitrés y ta, y tenés una prueba psicológica, una prueba escrita, y lo único que me preguntaron fue: “¿por qué de Montevideo querés venir a estudiar al campo?” Porque es lo que amo.” (Entrevista 14)

Ahora bien, en el caso de las empleadas no calificadas y con un bajo nivel educativo, según plantean Becerra y Santellán (2016) las motivaciones que expresan son más que nada de índole económica, ya que es probable que en estos casos la asalarización sea más bien una forma de enfrentar los cambios productivos –ya analizados- en el medio rural y no tanto una elección.

De todos modos, en la totalidad de los casos lo que juega un papel clave, a juzgar por sus discursos, es la búsqueda de autonomía, generada por la obtención de ingresos propios. (Silva, 2017)

VIII.e) Gestión del tiempo y rutinas

Existen claras diferencias entre la rutina de trabajo de las productoras familiares y las asalariadas. Mientras que la mayoría de las asalariadas cumplen un horario fijo efectuando tareas específicas fuera de su hogar, la labor de las productoras se desarrolla a lo largo del día y abarca actividades variadas: *“Yo desde que me levanto hasta las ocho de la noche ando siempre, todo el día en movimiento, digo, no sé, siempre haciendo cosas...”* (Entrevista 7, productora) Estas actividades dependen del rubro productivo al que pertenezcan, pero en general, se basan en el mantenimiento constante del predio y todo lo que en él se realiza. Los horarios no son estables, ya que están sujetos a factores externos como el clima, los tiempos de los animales y la dedicación que requieren o los imprevistos que pueden surgir (como por ejemplo, si el ganado se enferma).

Sin embargo, tanto asalariadas como productoras se desenvuelven en las tareas domésticas y, en caso de tener hijos/as menores, también en los cuidados, cumpliendo con la doble jornada de la que ya se ha hablado previamente (Bathyány, 2013)

VIII.f) Participación en la toma de decisiones y autonomía social

En el caso de las asalariadas rurales, el hecho de percibir ingresos propios y la seguridad que esto genera podría ser una variable clave en su activa participación en la toma de decisiones de sus hogares; son ellas quienes más aseguran trabajar a la par con sus parejas. *“Y eso lo manejo yo, pero ta, digo, lo manejo yo porque ta, como que tengo más afinidad en lo que es pagar las cuentas y todas esas cosas, como que llevo yo el registro ¿no?”* (Entrevista 13, asalariada) Por otro lado, la situación de las productoras familiares es diferente ya que el dinero que ingresa al hogar no es solamente de las mujeres, sino que es producto del trabajo de todo el núcleo familiar. Igualmente, son muchas las mujeres que dicen tomar las decisiones referentes tanto a la administración del predio como a la delegación de las tareas que corresponden a los demás miembros del hogar. Esto probablemente se debe, entre otros factores, a que son ellas las que generalmente se encargan del contacto con vendedores y compradores vía redes sociales, así como de permanecer más al tanto de lo que sucede al interior de la casa, puesto que como dice Bathyány (2013) la participación de la mujer suele desarrollarse en el ambiente privado.

Lo primero a resaltar en lo que respecta a la autonomía social de las entrevistadas es el rol que cumplen los lazos solidarios con la comunidad en el medio rural. Son varias las mujeres, tanto productoras como asalariadas, que colaboran con la Sociedad fomento de su zona o con las escuelas rurales, generalmente mediante la donación de parte de lo que producen en los predios, como terneros o cerdos. Algunas de las entrevistadas, además, integran grupos o cooperativas destinadas al desarrollo de su rubro productivo (cooperativas de productores de cerdos, de productores queseros, etc.). Todas ellas se muestran muy a gusto con los vínculos que generan en estos espacios y los consideran instancias de colaboración recíproca en lo que refiere al fomento del desarrollo rural.

Ahora bien, cuando se trata de organizaciones o colectivos exclusivamente de mujeres, solo algunas son las que participan activamente, como es el caso de las mujeres rurales de San José, quienes se reúnen cada tanto para discutir, entre otras cosas, las problemáticas relacionadas a la cuestión de género en el medio rural.

Otra cuestión importante respecto a la autonomía social de las mujeres rurales es el vínculo que mantienen con sus parejas. Algo a destacar es que en su mayoría, principalmente las mujeres que tienen hijos/as menores de edad, difícilmente salen solas

o con sus amigas, sino que lo hacen con su familia. Fueron pocas las entrevistadas que manifestaron salir, por ejemplo, a bailar con amigas, lo que aunque no fue prohibido por sus parejas, generó un gran rechazo. La necesidad de pedirle permiso a sus parejas a la hora de salir por su cuenta es un claro reflejo de la permanencia del machismo y la subordinación femenina imperante en el medio rural y demuestra que, pese a los avances en materia de género, aun quedan cosas en esta temática.

IX) Síntesis del análisis

Para facilitar la comprensión de la información recabada en esta investigación, se considera importante clasificar las entrevistadas en tipologías según las percepciones que tienen sobre su autonomía, tanto en el ámbito doméstico como en el laboral (producción o empleo asalariado). Dentro de la noción de autonomía, se incluyen variables como: participación en la toma de decisiones, valoración de las tareas que realizan, percepción sobre sus vivencias como mujeres rurales, opinión sobre la situación de la mujer rural (en general), pertenencia a colectivos u organizaciones y participación en actividades de esparcimiento. Se encontraron tres situaciones diferentes, desde las mujeres que reconocen las desigualdades de género en el medio rural y, por consiguiente, valoran y ejercen activamente su autonomía, hasta quienes no consideran como un problema la cuestión de género.

X) Conclusiones

A modo de conclusión, podría decirse que el objetivo general: *“Analizar comparativamente las situaciones, oportunidades y desafíos de las asalariadas rurales y las productoras familiares en relación a sus ocupaciones”* es lo que ha guiado y atravesado toda la investigación. El análisis comparativo entre asalariadas rurales y productoras familiares se ha llevado a cabo contemplando todas las dimensiones en los datos obtenidos tras cada entrevista.

El primer objetivo específico: *“Describir las tareas que desempeñan las productoras familiares tanto en la esfera productiva como en la reproductiva, se ha logrado tanto por medio de las entrevistas a productoras como de las observaciones llevadas a cabo en los predios, resaltando en este punto la división sexual del trabajo.*

En cuanto al segundo de los objetivos específicos: *“Identificar los motivos que impulsan a las mujeres a asalariarse, o bien, a mantenerse en el predio”*, se ha respondido haciendo hincapié no solo en la situación laboral actual de las mujeres

entrevistadas, sino contemplando otros factores que inicialmente no habían sido planteados como el nivel educativo alcanzado, y de qué forma este incide en las decisiones de las productoras y asalariadas, así como en el tipo de empleo al que acceden. A su vez, se han contemplado las diferentes ventajas y desventajas de la producción y el empleo asalariado, siempre a partir de las experiencias de las entrevistadas y su evaluación de las mismas.

El tercer objetivo específico: *“Definir los roles que cumplen las asalariadas rurales en el mercado laboral y en el hogar”*, es sobre el que más se ha indagado, ya que está relacionado a la desigualdad de género y la división sexual del trabajo en el medio rural, conceptos que transversalizan todo el trabajo, al igual que el cuarto objetivo, que abarcan también estas nociones y las aplica a las productoras: *“Analizar la gestión del tiempo de las productoras y asalariadas en función a las actividades que realizan en las esferas productivas y reproductivas.”* La forma en que convergen las visiones de mujeres provenientes de contextos totalmente diferentes respecto a la interiorización de sus roles (principalmente en la esfera doméstica) muestran que tal vez la brecha entre ellas no es tan amplia, más allá de que se dediquen a la producción o al trabajo asalariado.

El cumplimiento del quinto objetivo: *“Indagar en las formas de participación de cada mujer en la toma de decisiones del hogar y cómo se manifiestan al respecto”*, podría considerarse como el que ha arrojado respuestas más inesperadas, al menos cuando se contrasta con lo previsto en el marco teórico. Si bien algunos autores han sostenido que la participación de la mujer en la toma de decisiones es reducida, más que nada porque es el hombre quien generalmente administra los ingresos (Vitelli, 2013) los discursos de la mayoría de las entrevistadas contradicen este planteo. Ahora bien, aunque este punto podría verse como un avance en el empoderamiento de las mujeres, también podría significar otra muestra de la reproducción de los estereotipos de género, que, como ya se ha analizado, suponen que las tareas livianas o las que requieran “más cabeza” se siguen asociando a las mujeres, mientras por defecto, al hombre se lo asocia con las tareas manuales.

El último de los objetivos: *“Describir las actividades que realizan fuera de su vida laboral y el tiempo que dedican a las mismas (pasatiempos, vida social, organizaciones colectivas, reuniones)”*, también ha arrojado datos interesantes y muy variados, desde la participación en grupos de mujeres que tratan cuestiones de género en el medio rural hasta las limitaciones que imponen algunos hombres a sus parejas cuando

deciden salir con amigas. De aquí podría desprenderse que la autonomía de las mujeres rurales y su percepción de la misma es muy heterogénea.

Finalmente, es pertinente contrastar los datos obtenidos con las hipótesis planteadas al inicio del trabajo de campo. La primera hipótesis sostiene que *“Las productoras familiares que permanecen en el predio tienden a tener menos participación en la toma de decisiones dentro del hogar”* mientras que la segunda plantea que *“En los hogares de las trabajadoras asalariadas las tareas se distribuyen de manera más equitativa.”* La tercera, por otra parte, enuncia: *“La cercanía a centros poblados influye en la preferencia por el trabajo asalariado.”* En este sentido, dado el número reducido de entrevistadas (diez productoras familiares y cinco asalariadas) no sería del todo acertado corroborarlas o refutarlas, al menos en una primera instancia.

Sin embargo, a grandes rasgos, podría concluirse que la primera hipótesis no se ha confirmado, ya que en base a lo hablado con las productoras, estas muestran una participación en la toma de decisiones que no presenta grandes diferencias con respecto a la de las asalariadas, lo que hace pensar que tal vez la situación ocupacional no constituye una variable explicativa en este tema. Por lo tanto, habría que realizar una indagación más exhaustiva sobre otros posibles factores que expliquen dicha participación.

La segunda hipótesis podría considerarse más acertada, ya que según plantean las diferentes asalariadas, sus rutinas de trabajo, principalmente el doméstico, se amoldan más bien a los horarios de los miembros del hogar, dependiendo de quiénes sean los que estén presentes en la casa. Por ejemplo, quien llega primero a la casa prepara la comida o lava ropa, entre otras labores. Es en base a esto que reparten las tareas y es por ello que en este caso, la situación ocupacional sí podría ser una variable explicativa en la distribución de tareas. A esto se suma que, el hecho de vincular el concepto de trabajo exclusivamente con el empleo asalariado –como ya se ha mencionado a lo largo del informe- acarrea la idea de que el trabajo de las productoras en la unidad productiva no es más que una “ayuda”, quitándole así su verdadero valor y situándolas a cargo de la unidad reproductiva, lugar donde generalmente son ellas quienes llevan a cabo todas las labores. Siguiendo esta lógica, podría especularse como otro posible factor explicativo que, dentro de las familias rurales donde la mujer trabaja de forma asalariada fuera del hogar, dado que su trabajo generalmente sí es considerado y valorado como tal (“trabajan

a la par de su pareja”), sería justo que las tareas domésticas también fueran distribuidas equitativamente.

En lo que concierne a la última hipótesis, se podría concluir que la cercanía a un centro poblado, si bien no es un factor determinante para las mujeres rurales entrevistadas a la hora de optar por un empleo asalariado, sí lo es –y esto quedó evidenciado en varias entrevistas a productoras y asalariadas- para sus hijos/as. Al parecer las nuevas generaciones de jóvenes rurales, que por lo general cuentan con un mayor nivel educativo que las anteriores, aprovechan las oportunidades que les ofrecen los poblados más cercanos y que suelen estar vinculadas a las actividades productivas predominantes de la zona. De ahí que algunos de estos trabajen, por ejemplo, en frigoríficos.

Por supuesto que, al tratarse de un trabajo acotado, es importante dejar el camino abierto a nuevas y más amplias indagaciones que apunten a descubrir las percepciones valorativas detrás de la distribución de las tareas en los diferentes hogares rurales, así como sobre el mercado laboral rural femenino, sus características, oportunidades y falencias.

De todas formas, las tipologías presentadas en el cuadro del apartado anterior ayudan a comprender mejor el análisis, sobre todo desde el contraste entre productoras y asalariadas. En primer lugar, a las productoras familiares se las ha clasificado en Tipo 1, Tipo 2 y Tipo 3. Las productoras Tipo 1 son quienes llevan las riendas de sus hogares, tomando decisiones, tanto referentes a la administración como a la delegación de tareas. Valoran y reconocen la importancia de su trabajo en la unidad productiva de la misma forma en que valoran el trabajo de sus parejas. En lo que refiere a autonomía social, participan o han participado activamente de colectivos u organizaciones en el medio rural, contando también con conocimientos sobre la desigualdad de género, generalmente expresado en sus discursos. Las productoras Tipo 2 en cambio, consideran sus labores en la producción como una “ayuda” a sus parejas, junto a las cuales llevan a cabo la administración del hogar y la toma de decisiones. Además consideran la participación de sus parejas en los quehaceres domésticos también como una “ayuda”. En cuanto a sus opiniones sobre la cuestión de género, si bien han demostrado cierta conciencia al respecto, ésta se limita más bien a sus experiencias personales y no apunta tanto a una mirada global. Este tipo de productoras suele participar en eventos sociales o políticos puntuales como donaciones a Sociedades de Fomento Rural o instituciones educativas

de sus localidades. Por último, en los hogares de las productoras Tipo 3, son sus parejas quienes llevan las riendas, dedicándose a la toma de decisiones o administración de ingresos. Estas productoras se dedican en su totalidad a las labores domésticas o de cuidados, tareas que recaen sobre ellas de forma exclusiva. En lo que refiere a autonomía social, no participan ni han participado de colectivos, grupos u organizaciones. A su vez, tampoco expresan mayores preocupaciones respecto a la cuestión de género en el medio rural.

Por otro lado, las asalariadas también se dividen en tres tipos. Las asalariadas Tipo 1, al igual que las productoras Tipo 1, manifiestan estar a cargo de la toma de decisiones y delegación de tareas en sus hogares. Cuentan con empleos calificados con los que se encuentran a gusto, ya que consideran que les brinda autonomía e independencia. En cuanto al reparto de tareas domésticas, tienen muy presente la idea del trabajo en equipo, donde todos los miembros del hogar participen por igual sin importar el género. Estas trabajadoras participan o han participado activamente en colectivos u organizaciones y demuestran en sus discursos un reconocimiento a la cuestión de género, sobre todo en el ámbito laboral rural, donde muchas veces se asignan actividades en base a estereotipos de género. Las asalariadas Tipo 2, al igual que las productoras Tipo 2, llevan a cabo las decisiones referentes al hogar en conjunto con sus parejas. Por otro lado, sostienen que la participación de sus parejas en las tareas domésticas y de cuidado es una “ayuda”. Si bien valoran sus trabajos asalariados por ayudarlas a generar independencia económica, reconocen que los que están disponibles para ellas suelen ser precarios y de bajos ingresos. Manifiestan también participar o haber participado en eventos colaborativos con Sociedades de Fomento Rural o instituciones educativas. Respecto a su opinión sobre la situación de las mujeres rurales, la expresan de manera breve, más que nada desde sus experiencias personales. Finalmente, las asalariadas Tipo 3 están a cargo en su totalidad de las labores domésticas y de cuidados, que recaen exclusivamente sobre ellas. Por otra parte, no expresan mayores preocupaciones sobre las desigualdades de género en el medio rural ya que consideran que la situación de las mujeres rurales no dista mucho a la del hombre. Tampoco participan o han participado en organizaciones, colectivos u eventos sociales o políticos. En lo referente a su autonomía social, sostienen que las salidas de ocio que realizan son solamente en familia o con sus parejas. Incluso algunas hablaron sobre el rechazo que genera en sus parejas el hecho de que ellas salgan por su cuenta.

En definitiva, se puede concluir que las realidades de las mujeres rurales son muy heterogéneas, lo que hace que sus percepciones respecto a los roles que desempeñan en los diferentes ámbitos sean muy diferentes. En estas percepciones pueden influir variables como la edad, el tipo de familia o estado civil, el rubro productivo en el que se desempeñan, entre otras. Más allá de que se dediquen a la producción familiar o al empleo asalariado y a pesar de que se reconozcan avances en este aspecto, las desigualdades que atraviesan a estas mujeres siguen siendo las mismas y tienen que ver con la división sexual de trabajo -condicionada por estereotipos de género- y la precariedad laboral.

Referencias bibliográficas

- 1) Batthyány, K (2013) Uso del tiempo y trabajo no remunerado: división sexual del trabajo y contratos de género. Un estudio de caso en el medio rural familiar. En: Relaciones de género en el medio rural uruguayo: inequidades “a la intemperie”. Vitelli, R; Piñeiro, D. y Cardeillac, J. compiladores, FCS/CSIC.
- 2) Batthyány, K. y Montañó, S. (2012) Construyendo autonomía: compromisos e indicadores de género. CEPAL, Montevideo.
- 3) Becerra, A. y Santellan, P. (2016) Mujeres: entre la autonomía y la vida familiar. Revista Nóesis 53, vol. 27, enero-junio 2018. México.
- 4) Berger, P. y Luckmann, T. (1966) La construcción social de la realidad. Random House. Estados Unidos.
- 5) Campanella, F. (2016) División sexual del trabajo y tecnología: un estudio sobre la producción familiar en San José. Tesis de grado. FCS.
- 6) Florit, P. y Piedracueva, M. (2015) Contrahegemonía y Estado en el agro uruguayo. Estrategias de resistencia de organizaciones rurales. Revista de Ciencias Sociales, DS-FCS, vol. 28, n.º 37, julio-diciembre 2015, pp. 119-137.
- 7) Hernández Sampieri et al. (2014) Metodología de la investigación (quinta edición). McGraw-Hill. México.
- 8) Larrañaga, S. (2015) Género y pluriactividad: un estudio de caso en el departamento de Rocha, Uruguay. Tesis de grado. FCS.

- 9) Mascheroni, P. (2017) Desigualdades sociales y territorios en Uruguay. Tesis de Doctorado. Universidad de Granada. Capítulo: Dinámica poblacional, pp. 147-161
- 10) Piñeiro, D. (1999) Caracterización de la producción familiar. (mimeo)
- 11) Piñeiro, D. y Cardeillac, J. (2010) Influencia de la composición del grupo familiar en la pluriactividad.
- 12) Piñeiro, D. y Cardeillac, J. (2014) Población rural en Uruguay. Aporte para su reconceptualización. Revista de Ciencias Sociales, DS-FCS, vol. 27, n.º 34, julio 2014.
- 13) Riella, A. y Mascheroni, P. (2017) La vulnerabilidad laboral de las mujeres rurales en áreas rurales. Reflexiones sobre el caso uruguayo. pp 57-70
- 14) Riella, A. y Macheroni, P. (2006) La pluriactividad en el medio rural uruguayo. En: “Globalización, Desarrollo y Territorios Menos Favorecidos” Compilador: Riella, A. Facultad de Ciencias Sociales. UdelaR. Montevideo, 2007.
- 15) Riella, A., Vitelli, R. y Ramírez, J. (2013) El impacto de la agriculturización sobre los pueblos rurales. Un estudio de caso: Los pueblos de “la línea” 2 en el Departamento de Soriano. En: Riella, A.(coord.). “El Uruguay desde la sociología XI.” Montevideo : UR. FCS-DS, 2013.
- 16) Schneider, S. (2009) La pluriactividad en el medio rural brasileño: características y perspectivas para la investigación. En: “La pluriactividad en el campo latinoamericano” Coordinadores: Grammont H. C., Martínez Valle, L. FLACSO, Sede Ecuador. Primera edición: enero de 2009.
- 17) Silva, C. (2017) Desigualdades de género y su reproducción. Una mirada al trabajo femenino en la producción familiar. En: Revista Fronteras. FCS.
- 18) Vitelli, R. (2013), Un examen de las relaciones de género en el medio rural. En: Relaciones de género en el medio rural uruguayo: inequidades “a la intemperie”. Vitelli, R; Piñeiro, D. y Cardeillac, J. (comp.) FCS/CSIC.

19) Vitelli, R. (2006) Mujeres rurales, trabajo y pluriactividad. El caso uruguayo. En: Entre el Campo y la Ciudad. Desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro. Neiman, G. y Craviotti, C. (comp.) Ediciones CICCUS. Argentina.

20) Vitelli, R Borrás, V. (2016), El progreso en la situación de las mujeres rurales en el período “progresista” en Uruguay en Revista de Ciencias Sociales, DS-FCS, Vol 29, n°39 pp. 73-90.

21) Vitelli, R. (2004), Mujeres rurales en Uruguay: una aproximación desde sus condiciones de vida y el trabajo, Tesis de Maestría, FLACSO, Buenos Aires.